

Strindberg

August Strindberg

La señorita Julia



IN OCTAVO
2023

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

August Strindberg

La señorita Julia



IN OCTAVO
2023

Noticia

Hay en esta obra dos personajes principales: Julia, una joven de noble cuna, y Juan, su sirviente; un personaje secundario: Cristina, la cocinera de la casa; y un protagonista dominante que no aparece en escena, ni tiene nombre, ni figura en el elenco, pero está siempre presente, sea como un par de botas, sea como una voz que llega desde arriba pero que el público no escucha: el conde. Su ausencia permite que se anude el conflicto en el que los jóvenes quedan atrapados, y la noticia de su regreso a la casa solariega precipita el desenlace inexorable. No hay nada parecido al amor en la historia de Julia y Juan, sino más bien lujuria, ambiciones, intereses, juegos de poder, y un ansia de libertad que ni una ni el otro logra satisfacer.

Aunque cultivó casi todos los géneros, el sueco August Strindberg (1849-1912) es apreciado especialmente por su obra dramática, con un comienzo naturalista que mudó más tarde hacia el expresionismo. Una voluntad constante de renovación le permitió anticipar recursos, estilos y temáticas que serían característicos de la escena europea del siglo XX. El autor declara en el prólogo que La señorita Julia se ocupa de asuntos tales como “el ascenso y la declinación social, lo encumbrado y lo inferior, lo mejor y lo peor, el hombre y la mujer”. El tratamiento que Strindberg les da en la obra, cuyos personajes no pueden escapar al doble determinismo de las pasio-

nes y los instintos por un lado y del orden social y económico por el otro, justifica ciertamente la descripción de “tragedia naturalista” que acompaña al título.

*Se ha incluido en esta edición digital el prefacio del autor, habitualmente ausente en las ediciones de divulgación en lengua hispana, que ilustra con amplitud no sólo las preocupaciones literarias y escénicas de Strindberg sino también sus impresiones respecto de la sociedad europea de su tiempo. La traducción, tanto del prólogo como de la obra, es original de **In Octavo**. El lector advertirá en el personaje de Juan un empleo alternativo del usteo y el tuteo en su conversación con la señorita Julia, doble registro que no existe en el idioma sueco; se trata de una decisión arbitraria del traductor, orientada a acomodar naturalmente el diálogo en castellano a las cambiantes instancias de la relación del sirviente con su señora.*

El editor

Índice

Prefacio del autor

La señorita Julia

Prefacio del autor

DESDE HACE MUCHO TIEMPO el teatro me parece —al igual que muchas otras artes— una *Biblia pauperum*, una Biblia en imágenes para quienes no saben leer lo que ha sido escrito o impreso; y veo al dramaturgo como un predicador laico que disemina las ideas de su tiempo en forma popular, lo suficientemente accesible como para que las clases medias, sostén del público teatral, puedan captar el meollo de asunto sin romperse demasiado la cabeza. Por esta razón, el teatro ha sido siempre como una escuela para los jóvenes, los medianamente educados y las mujeres, es decir para quienes todavía conservan esa capacidad primitiva de engañarse y dejarse engañar; dicho de otro modo, que son susceptibles a las ilusiones y sugerencias ofrecidas por el autor.

En consecuencia, no me extraña que, en una época como la nuestra, cuando esa manera de pensar rudimentaria e inmadura que se vale de la fantasía parece dejar paso a la reflexión, la investigación y el análisis, el teatro, como la religión, termine siendo descartado como una forma gastada que ya no pode-

mos apreciar porque carecemos de las condiciones necesarias. Esta opinión se ve confirmada por la vasta crisis que envuelve a los teatros de Europa, y aún más por el hecho de que en esos países de elevada cultura que producen los mayores pensadores de la época, vale decir en Inglaterra y Alemania, el drama, tanto como otras bellas artes, haya muerto.

En algunos países, es cierto, se ha intentado crear un nuevo drama volcando en moldes viejos contenidos actuales, pero no sólo no ha habido tiempo suficiente como para que estas nuevas ideas se popularicen de modo que los públicos puedan captarlas, sino que la gente se ha visto tan forzada a la toma de partido que el aprecio puro y desinteresado se ha vuelto imposible. Las impresiones más profundas de una persona se ven trastornadas cuando una mayoría que silba o aplaude se impone amplia y ruidosamente en la sala teatral. Y como no se ha concebido una forma nueva para estos nuevos contenidos, el vino nuevo ha hecho estallar los odres viejos.

En esta obra no me he propuesto hacer nada nuevo, porque eso es imposible, sino modernizar la forma para responder a las demandas que, a mi juicio, se le pueden hacer hoy al arte teatral. Con este fin elegí un tema, o me rendí a él, que pretende colocarse al margen de las cuestiones polémicas del día, ya que los asuntos relacionados con el ascenso y la declinación social, lo encumbrado y lo inferior, lo mejor y lo peor, el hombre y la mujer son, han sido y seguirán siendo de interés perdurable. Cuando tomé

este tema de una historia real que me contaron hace algunos años, y que me causó una profunda impresión, lo vi como asunto adecuado para la tragedia, porque es trágico asistir a la caída de alguien favorecido por la fortuna, y todavía más lo es contemplar el hundimiento de una familia tradicional. Quizás llegue el día en que nos hayamos vuelto tan desarrollados e ilustrados que podamos ver con indiferencia el espectáculo de la vida, que ahora nos parece brutal, cínico y despiadado. Para ese entonces nos habremos desembarazado de esos poco confiables instrumentos del pensamiento que llamamos sentimientos y que se tornan peligrosos y superfluos a medida que se impone el razonamiento.

El hecho de que mi heroína mueva a compasión se debe únicamente a nuestra debilidad: no podemos soportar el temor de que un destino similar nos alcance. Es cierto que el espectador altamente sensible puede sentirse más allá de esa clase de compasión, mientras que el hombre que confía en el futuro tal vez demande alguna sugerencia para remediar el mal, vale decir alguna clase de política. Pero, por lo pronto, el mal absoluto no existe; la caída de una familia es la fortuna de otra, que tiene así la oportunidad de ascender, y, puesto que la fortuna es sólo comparativa, la alternancia de ascensos y caídas es uno de los mayores encantos de la vida. Además, al político que aspira a remediar el hecho desagradable de que el ave de presa devore a la paloma, y los piojos al ave de presa, me gustaría plantearle la pre-

gunta: ¿por qué habría de ser remediado? La vida no es tan matemáticamente idiota como para permitir que sólo los grandes devoren a los pequeños; ocurre igualmente a menudo que la abeja mate al león, o que por lo menos lo vuelva loco.

El que mi tragedia resulte deprimente para tantas personas es culpa de ellas mismas. El día en que lleguemos a ser tan fuertes como los pioneros de la Revolución Francesa nos sentiremos felices y aliviados al ver los parques nacionales despejados de árboles viejos y podridos, que durante demasiado tiempo se han interpuesto en el camino de otros con los mismos derechos a su período de crecimiento, tan aliviados como nos sentimos cuando se muere un enfermo incurable.

Mi tragedia *El padre* fue recientemente motivo de críticas por ser demasiado triste, ¡como si alguien pretendiera tragedias alegres! Todo el mundo clama por una supuesta “alegría de vivir”, y los empresarios teatrales demandan farsas, como si la alegría de vivir consistiera en ser imbécil y retratar a los seres humanos como poseídos por el mal de San Vito o por una idiocia completa. Por mi parte, encuentro la alegría de la vida en sus luchas intensas y crueles, y me complace aprender, acrecentar mis conocimientos. Por esa razón, he elegido para esta obra una situación fuera de lo común pero instructiva; una excepción, podría decirse, pero una gran excepción, una que confirma la regla, y que sin duda va a incomodar a los cultores del lugar común. Lo que va a

resultar ofensivo para las mentes sencillas es que mi argumento no es simple, ni admite un único punto de vista. En la vida real —y esto, dicho sea de paso, es casi un descubrimiento—, un hecho es generalmente provocado por toda una serie de motivos, más o menos fundamentales, pero por regla general, el espectador elige sólo uno: el que su mente puede captar con mayor facilidad o el que da más crédito a su inteligencia. Alguien comete suicidio. Problemas financieros, dice el hombre práctico. Un amor no correspondido, afirman las mujeres. Una enfermedad, asegura el enfermo. Desesperación, sostiene el fracasado. Pero es muy posible que el motivo tenga que ver con todas estas cosas, o con ninguna, o que el suicida haya ocultado su motivo real y dejado entrever otro completamente distinto, probablemente en beneficio de su gloria.

Veo en el trágico destino de la señorita Julia la consecuencia de muchas circunstancias: el carácter de la madre, la equivocada crianza que el padre brindó a su hija, la propia naturaleza de ésta, y la influencia de su novio sobre una mente débil y degenerada. También, y más directamente, el ambiente festivo de la noche de San Juan, la ausencia de su padre, su indisposición mensual, su preocupación por los animales, el frenesí del baile, la magia del crepúsculo, la influencia fuertemente afrodisíaca de las flores, y finalmente el azar que conduce a la pareja a un cuarto donde quedan solos, a lo que deben sumarse las urgencias de un hombre excitado.

Mi tratamiento del tema, además, no ha sido exclusivamente fisiológico ni tampoco psicológico. No he atribuido la culpa enteramente a la herencia materna, ni al período de la protagonista en ese momento, ni a la inmoralidad. Ni tampoco he predicado un sermón moral; a falta de sacerdote, le dejé esa tarea a la cocinera.

Me felicito de que esta multiplicidad de motivos sea bien actual, y si otros han hecho lo mismo antes que yo, entonces me felicito de no estar solo en mis “paradojas”, como se le llama ahora a las innovaciones.

En lo referente a la pintura de caracteres, traté hasta cierto punto de hacer a mis personajes poco “característicos”, por las siguientes razones. Con el correr del tiempo, la palabra carácter ha venido adquiriendo múltiples significados. Originalmente debe haber significado el rasgo dominante del complejo anímico, y terminó confundándose con el temperamento. Más tarde se convirtió en la expresión usada por la clase media para designar al autómatas, alguien cuya naturaleza ha quedado congelada, o que se ha adecuado a un único papel en la vida.

De hecho, se llamaba *carácter* a la persona que había dejado de crecer, mientras que al que continuaba desarrollándose —el hábil navegante del río de la vida, no el que se mueve con velas dispuestas de cualquier modo sino el que maniobra frente al viento para orzar la nave— se lo describía como *sin carácter*, en un sentido peyorativo, por supuesto,

porque resultaba difícil de atrapar, de clasificar y de controlar.

Esta concepción de clase media sobre la inmovilidad del alma se trasladó a la escena, donde la clase media siempre ha reinado. Un carácter pasó a significar un hombre congelado y terminado, alguien que invariablemente se presenta como borracho, o gracioso, o melancólico, y cuya caracterización no requiere otra cosa que un defecto físico como un pie tieso, una pierna de palo, una nariz roja; o bien se lo hacía repetir alguna frase como “¡Eso es importante!” o “¡Barkis así lo quiere!”. Esta manera simplista de considerar a los seres humanos sobrevive incluso en el gran Molière. Harpagón no es más que un avaro, aunque Harpagón bien pudo haber sido no sólo un avaro, sino también un financista de primera clase, un padre excelente y un ciudadano ejemplar. Peor aún, su “debilidad” es claramente beneficiosa para su yerno y su hija, que son sus herederos, y que por lo tanto no pueden criticarlo aunque deban esperar un poco para acostarse juntos.

Por eso no creo en los caracteres escénicos simples, y ese juicio sumario que suelen emitir los autores —éste es estúpido, ese otro es un bruto, éste es celoso, aquél es avaro y cosas así— debería ser impugnado por los naturalistas que conocen la riqueza del complejo anímico y comprenden que el vicio posee otra cara que se parece mucho a la virtud.

Porque son caracteres modernos, que viven en un período de transición más febrilmente histórico

al menos que el de sus predecesores, he dibujado mis personajes como figuras vacilantes, desintegradas, una mezcla de lo viejo y lo nuevo. Ni tampoco me parece imposible que, por vía de los periódicos y las conversaciones, las ideas modernas puedan haberse filtrado hasta el estrato habitado por el servicio doméstico.

Mis almas (mis personajes) aglutinan estadios de civilización pasados y presentes, fragmentos de libros y periódicos, recortes de humanidad, andrajos y retazos de telas finas, ensamblados unos con otros como ocurre en el alma humana. Y les he agregado un poco de historia evolucionista al hacer que el más débil se apropie de las palabras del más fuerte y las repita, y que los personajes tomen prestados unos de otros ideas o “sugestiones”, como se les dice ahora.

La señorita Julia es un personaje moderno, no porque la mujer a medias, la que odia a los hombres, no haya existido en todas las épocas, sino porque ahora que se la ha puesto en descubierto, ha dado un paso al frente y comenzado a hacer ruido. La mujer a medias es un tipo de mujer que busca prominencia, que se vende ahora por poder, condecoraciones, distinciones o diplomas como antes lo hacía por dinero, y ese tipo supone degeneración. No es un buen tipo, y no está destinado a durar; pero lamentablemente puede transmitir su miseria a la siguiente generación. Y los hombres degenerados parecen elegir instintivamente sus parejas entre estas mujeres, de modo que se multiplican, produciendo

seres de sexo indeterminado para quienes la vida es una tortura. Afortunadamente, terminan por extinguirse, bien por desavenencia con la vida real, o por la irrupción irresistible de sus instintos reprimidos, o por la frustración de su expectativa de dominar al hombre. Este tipo de mujer es trágico, en tanto nos ofrece el espectáculo de una lucha desesperada contra la naturaleza; trágico también como herencia romántica, aventada ahora por el naturalismo, que no pretende otra cosa que la felicidad, y la felicidad requiere de una especie fuerte y sana.

Pero la señorita Julia es también un remanente de la antigua nobleza de las armas, que ahora cede el paso a la nueva nobleza de la voluntad y la inteligencia. Es una víctima de las discordias que el “delito” de una madre provoca en una familia, y también es víctima de la confusión del presente, de las circunstancias, de su propia constitución débil, todo lo cual puede considerarse equivalente de lo que antes se llamaba destino o ley universal. El naturalista ha eliminado la culpa desde que eliminó a Dios, pero no puede eliminar las consecuencias de una acción —castigo, prisión, o el temor de sufrirlos— por la simple razón de que esas consecuencias persisten más allá de cualquier veredicto. Los prójimos que han resultado perjudicados no suelen ser tan tolerantes como pueden darse el lujo de serlo quienes no lo han sido.

Aun cuando el padre se haya sentido impulsado, por las razones que fueran, a no tomar venganza, la

hija lo haría en contra de sí misma, como lo hace en la obra, movida por ese innato o adquirido sentido del honor que las clases superiores heredan... ¿de dónde? ¿De las épocas de la barbarie, de sus antepasados arios, de la caballería medieval? Es algo hermoso, pero que hoy se ha vuelto peligroso para la preservación de la especie. Es el harakiri del noble, la ley de conciencia que obliga al japonés a abrirse el vientre ante la ofensa ajena, y que sobrevive, aunque modificada, en el duelo, también privilegio de la nobleza. Por eso Juan, el sirviente, sigue viviendo, pero la señorita Julia no puede vivir sin honor. En tanto carece de esta superstición fatal acerca del honor, el sirviente aventaja al conde. Entre nosotros, los arios, siempre hay algo caballeresco, algo quijotesco, que nos lleva a simpatizar con el hombre que se quita la vida porque ha cometido un acto innoble, y por lo tanto ha perdido el honor. Y somos nobles al punto de sufrir al ver caído en tierra el cadáver viviente de alguien que alguna vez fue grande, sí, aun cuando el caído vuelva a levantarse y busque resarcirse con actos honrosos.

Juan, el sirviente, es de la clase que da origen a una nueva especie, en la que la diferenciación se advierte claramente. Es hijo de un campesino, y se ha formado a sí mismo con la intención de convertirse en un caballero. Ha tenido facilidad para aprender, gracias a sus bien desarrollados sentidos —olfato, gusto, visión—, y posee también cierto sentido de la belleza. Ha mejorado su persona, y tiene la piel lo suficientemente curtida como para usar de los servi-

cios de los demás sin el menor escrúpulo. Ya se ha vuelto un extraño para sus pares, a los que desprecia como parte de la vida que ha dejado atrás, pero también temiéndoles y huyendo de ellos porque conocen sus secretos, espían sus planes, observan su ascenso con envidia, y esperan complacidos asistir a su caída. De ahí su carácter dual, indeterminado, vacilante entre el amor por la distinción y el odio por todos los que la han logrado. Se dice a sí mismo que es un aristócrata, que ha aprendido los secretos de la buena sociedad. Exhibe un exterior pulido y un interior grosero. Sabe cómo usar un frac con soltura, pero no ofrece garantías en términos de aseo personal.

Respeto a la señorita, pero teme a Cristina, que conoce sus peligrosos secretos, y es lo suficientemente desalmado como para impedir que los acontecimientos de la noche estropeen sus planes para el futuro. Con la brutalidad del esclavo y la insensibilidad del señor, puede mirar la sangre sin desmayarse, y cargar un contratiempo a sus espaldas hasta estar en condiciones de desembarazarse de él. Por esa razón saldrá indemne de la batalla, y probablemente termine sus días como propietario de un hotel. Y si no se convierte en un conde rumano, su hijo probablemente irá a la universidad, y hasta podrá llegar a ser el procurador del condado.

Por otra parte, Juan nos ofrece información bastante rica sobre la concepción de la vida entre las clases inferiores, sobre la vida vista desde abajo; es-

to es, cuando dice la verdad, lo que no siempre ocurre, porque tiende a preferir aquello que a su juicio lo favorece por sobre lo que es cierto. Cuando la señorita Julia sugiere que las clases inferiores deben sentir con mucha intensidad la presión de los de arriba, Jean se manifiesta por supuesto de acuerdo porque quiere ganar su simpatía. Pero en cuanto advierte la ventaja de mostrarse lejos del rebaño, se corrige de inmediato.

Y Jean se impone sobre la señorita Julia no sólo por que su destino está en ascenso sino porque es hombre. Sexualmente es el aristócrata, por su virilidad, por sus sentidos aguzados y por su capacidad para tomar la iniciativa. Su inferioridad resulta principalmente del ambiente social en el que vive y del que probablemente podrá despojarse junto con la librea del sirviente.

Su mentalidad de esclavo se revela en su veneración por el conde (sus botas) y su religiosidad supersticiosa. Pero venera al conde principalmente porque ocupa ese lugar encumbrado que él mismo pretende para sí. Y mantiene esa veneración pese a haber conquistado a la hija de la casa, y comprobado que detrás de su aspecto encantador no hay más que vacío.

No creo que ninguna relación amorosa, en un sentido “superior”, pueda brotar entre dos almas de calidad tan diferente. Por eso permito a la señorita Julia imaginar que está enamorada, para disminuir su sentimiento de culpa. Y permito a Jean suponer

que, si las condiciones sociales fueran otras, podría sentir por ella verdadero amor. Creo que el amor es como el jacinto, que tiene que echar raíces en la oscuridad *antes* de estar en condiciones de producir una flor vigorosa. En este caso brota rápidamente, florece y arroja semillas al mismo tiempo, y por esa razón la planta se marchita tan pronto.

Cristina, por último, es una esclava, desbordante de servilismo y de indolencia, adquiridos ambos ante el fogón de la cocina, y atiborrada de moralina y religión que le sirven a la vez de escudo protector y de chivo expiatorio. Va a la iglesia para descargar rápida y fácilmente en Jesús toda responsabilidad por sus robos domésticos, y para reabastecerse de perdones. Por lo demás, se trata de un personaje secundario, y por lo tanto deliberadamente apenas esbozado, tal como lo hice con el sacerdote y el médico de *El padre*, a quienes diseñé como seres humanos comunes, como los sacerdotes y los médicos de campaña corrientes. Y si estos personajes secundarios les han parecido meras abstracciones a algunas personas, ello se debe a que los hombres comunes son hasta cierto punto impersonales en el ejercicio de sus profesiones. Es decir, carecen de individualidad, y en su trabajo muestran sólo un aspecto de sí mismos. Y mientras el espectador no sienta la necesidad de verlos desde otros ángulos, la presentación esquemática que hago de ellos es del todo correcta.

En relación con el diálogo, me aparté un tanto de la tradición al no hacer de mis personajes catequistas que hacen preguntas estúpidas para provocar

respuestas ingeniosas. He evitado la construcción simétrica y matemática del diálogo francés, y dejé que la mente de los personajes obrara de manera irregular como ocurre en la realidad, donde, en el curso de una conversación, los engranajes de una mente parecen encajar azarosamente en los engranajes de la otra, y ningún tema queda agotado por completo. Es natural, entonces, que el diálogo avance sin rumbo, como en las escenas iniciales, mientras va acumulando materiales que más tarde se retoman, se trabajan, se repiten, se expanden y se desarrollan como el tema de una composición musical.

El argumento es lo bastante rico y como en definitiva concierne únicamente a dos personas, concentré mi atención en ellas, introduciendo sólo un personaje secundario, la cocinera, y dejando el desdichado espíritu del padre sobrevolar la acción por encima y por detrás. Lo hice así porque me parece haber advertido que lo que hoy más interesa a la gente son los procesos psicológicos. A nuestras almas inquisitivas ya no les alcanza con ver que algo pasa; queremos saber también cómo es que llega a pasar. Queremos ver los hilos, la maquinaria, examinar la caja de doble fondo, sostener el anillo mágico para encontrarle el empalme, y revisar las cartas para descubrir cómo están marcadas.

Para esto he tenido como modelos las novelas documentales de los hermanos Goncourt, que son lo que más me ha interesado de la literatura contemporánea.

Pasando al aspecto técnico de la composición, me propuse abolir la división en actos. Y lo hice porque he llegado a temer que nuestra menguante capacidad de ilusionarnos se vea perturbada por unos entre actos durante los cuales el espectador tiene tiempo de reflexionar y escapar a la influencia sugestiva del autor-hipnotizador. Mi obra probablemente habrá de durar una hora y media, y así como es posible escuchar durante ese tiempo, o más, una conferencia, un sermón o un debate, he llegado a imaginar que una representación teatral con esa extensión no podría resultar cansadora.

Ya en 1872, en uno de mis primeros dramas, *El proscripto*, ensayé la misma forma concentrada, pero con escaso éxito. La obra estaba dividida en cinco actos, y sólo al completarla me di cuenta del efecto de inquietud, de fragmentación que producía. Entonces la quemé, y de sus cenizas emergió un acto único, bien construido, que cubre unas cincuenta páginas impresas, y se representa en una hora. La forma de esta obra, por lo tanto, no es nueva, pero creo que me es propia, y el cambio de los gustos tal vez la vuelva incluso oportuna.

Mi aspiración es contar algún día con un público lo bastante educado como para asistir a un espectáculo en un acto que dure toda la tarde. Pero eso es algo que habría que investigar a fondo. Entre tanto, y a fin de brindar un descanso tanto al auditorio como a los actores sin permitir la ruptura de la ilusión creada, he hecho uso de tres formas artísticas: el

monólogo, la pantomima y el ballet. Todas son recursos dramáticos que tienen sus orígenes en la tragedia clásica: el monólogo deriva de la monodia, y el ballet es una evolución del coro.

En la actualidad, nuestros realistas han exco-mulgado el monólogo como algo poco natural, pero si yo logro justificarlo, también puedo hacerlo aparecer como algo natural y usarlo en mi provecho. Es natural, por ejemplo, que un orador se pasee por su cuarto ensayando su discurso en voz alta; es natural que un actor recite su parte en voz alta, que una sirvienta le hable a su gato, que una madre parlotee con su niño, que una solterona converse con el loro, que una persona hable en sueños. Y a fin de que el actor pueda tener, al menos una vez, la oportunidad de trabajar independientemente, libre por un momento de la tiranía del autor, es preferible no escribir el monólogo sino tan solo indicarlo. Puesto que importa relativamente poco lo que uno diga en sueños, o hable con el loro o el gato —ya que no puede influir en la acción—, es muy posible que un actor de talento, guiado por la situación y el ambiente, consiga improvisar mejor que el autor, para quien es imposible imaginar de antemano cuánto debe decirse, o durante cuánto tiempo, sin arrancar al público de su ilusión.

Algunos teatros italianos, como es sabido, han vuelto a la improvisación y de ese modo han generado actores que son creativos, aunque dentro de los límites establecidos por el autor. Esto puede ser

simplemente un paso adelante, o bien el comienzo de una nueva forma de arte que bien podríamos llamar *productiva*.

En los lugares donde el monólogo hubiese podido parecer poco natural, he utilizado la pantomima, dejando todavía más espacio para la imaginación del actor, y para su deseo de obtener un reconocimiento independiente. Pero a fin de no cansar al público más allá de sus fuerzas, he permitido que la música —ampliamente justificada por los bailes de la noche de San Juan— ejerza su poder ilusorio durante la pantomima. Y le pido al director musical que elija cuidadosamente la música usada a ese propósito, de modo que no se generen climas incompatibles inducidos por reminiscencias de la última comedia musical o canción de moda, o por tonadas folklóricas con rasgos etnográficos marcadamente distintos.

El ballet que introduje no podría haber sido reemplazado por esas típicas escenas “multitudinarias” porque tales escenas suelen estar muy mal actuadas: un montón de idiotas sonrientes que buscan la oportunidad de hacerse ver y destruyen de ese modo la ilusión. Como la gente común no improvisa sus mofas, sino que usa frases hechas a las que le aplica algún doble sentido, no compuse su canción burlona sino que me apropié de una poco conocida canción popular que recogí personalmente en un suburbio de Estocolmo. La letra no viene exactamente al caso, pero esto también es deliberado porque la astucia (es decir, la debilidad) del esclavo no le permite el

ataque directo. En síntesis, no debe haber payasos parlanchines en una acción seria, ni burlas groseras en una situación que le cierra la tapa al ataúd de toda una familia.

En lo que concierne a la escenografía, he tomado de la pintura impresionista su asimetría, su economía de recursos, y de este modo, en mi criterio, fortalecido la ilusión. Como no muestra todo el cuarto ni su contenido, deja abierta la posibilidad de suponer; vale decir que nuestra imaginación es llamada a complementar lo que se ve. Con esto he logrado librarme también de esas fatigosas salidas por puertas, puesto que las puertas de las escenografías están hechas de tela, y oscilan al toque más leve. Ni siquiera logran expresar la ira de un *pater familias* que, furioso después de una mala comida, se va dando un portazo “que estremece toda la casa” (En el escenario, la casa se bambolea).

También me he conformado con un único decorado, y esto con la doble intención de hacer que los personajes se integren bien con el ambiente y de romper con la tendencia a abusar de las escenografías. Cuando uno tiene un solo decorado, se espera que sea realista, y sin embargo no hay nada más difícil de lograr que un cuarto escénico que se parezca a un cuarto, por más que el artista tenga facilidad para pintar cascadas y volcanes en erupción. Tal vez tengamos que aceptar que las paredes sean de tela, pero es hora de librarse de los estantes y los utensilios de cocina pintados sobre la tela. Se nos pide

aceptar tantas convenciones escénicas que bien podríamos ahorrarnos el enorme esfuerzo de creer en cacerolas y sartenes pintados.

He dispuesto en diagonal la pared del fondo y la mesa, de modo que los actores puedan mostrarse al público de frente y de medio perfil cuando están sentados a la mesa uno frente al otro. En una puesta en escena de la ópera *Aída* advertí un fondo oblicuo que orientaba la vista en direcciones inusuales. Y no parecía ser consecuencia de una reacción contra el transitado ángulo recto.

Otra novedad muy necesaria sería la abolición de las candilejas. Se dice que el propósito de la luz proyectada desde abajo es hacer que las caras de los actores parezcan más gruesas. Pero no puedo dejar de preguntarme, ¿por qué todos los actores deberían tener caras gruesas? ¿Esta iluminación desde abajo no tiende a borrar las líneas más sutiles de la parte inferior del rostro, especialmente en torno de las mandíbulas? ¿No falsifica la forma de la nariz y dibuja sombras por sobre los ojos? Aunque esto no fuera así, hay algo que sí es seguro: esa luz lastima los ojos de los actores, lo que impide el libre juego de sus miradas. Al provenir desde abajo, esa luz impacta en la retina en lugares generalmente protegidos (excepto en los marineros, acostumbrados al reflejo del sol en el agua), y es por esa razón que raras veces se puede ver algo más que un girar elemental de los ojos, hacia los costados o hacia arriba, hacia las galerías, de modo que no se puede ver más que lo

blanco del ojo. Quizás la misma causa pueda explicar el fastidioso parpadeo del que generalmente las actrices son responsables. Y cuando alguien en el escenario quiere hablar con sus ojos, no le queda otra alternativa que mirar directamente al público, con el que él o ella entra entonces en comunicación directa, fuera del marco de la escena, práctica que suele describirse, errónea o acertadamente, como “saludar a los amigos”. ¿No podría sumarse a los recursos a disposición del actor una luz lateral lo suficientemente intensa (por ejemplo mediante el empleo de reflectores), que le permitiera reforzar su mímica mediante el uso del mayor instrumento expresivo del rostro, los ojos?

No me hago muchas ilusiones acerca de lograr que los actores actúen *para* el público y no *con* el público, aunque eso es lo que deseo. Ni siquiera me atrevo a soñar con ver la espalda de un actor a lo largo de una escena importante, pero deseo de todo corazón que las escenas cruciales no se representen en el centro del escenario, como si fuesen dúos en busca del aplauso, sino en el lugar exigido por la acción. No estoy pidiendo revoluciones sino modificaciones menores, porque hacer del escenario una verdadera habitación, sin la cuarta pared y con parte del mobiliario de espaldas al público, probablemente provocaría a esta altura efectos demasiado perturbadores.

No me animo a esperar que las actrices por lo menos escuchen lo que tengo que decir acerca del maquillaje, porque sé que prefieren verse hermosas

antes que realistas. Pero el actor bien puede considerar si le conviene crear con cremas y pinturas un personaje abstracto que le cubra el rostro como si fuera una máscara. Tomemos el caso de un hombre que dibuja una línea notoriamente colérica entre los ojos, e imaginemos enseguida que algún pasaje reclama una sonrisa de ese rostro congelado en una expresión de ira constante. ¿Qué horrible mueca habrá de resultar? ¿Y cómo podría un viejo enfurecido arrugar una frente falsa, lisa como una bola de billar?

En los dramas psicológicos modernos, donde los movimientos más sutiles del alma deben reflejarse en el rostro antes que expresarse con ruidos y gestikulaciones, probablemente no sería mala idea experimentar con una iluminación lateral poderosa en una caja escénica pequeña, y con un elenco sin maquillaje, o por lo menos con el mínimo posible.

Si además pudiéramos librarnos de la orquesta visible, con sus luces molestas y sus rostros vueltos hacia el público; si pudiéramos elevar las butacas de la platea de modo que la mirada de los espectadores estuviera por encima de las rodillas de los actores; si pudiéramos eliminar los palcos bajos (especialmente los de proscenio), y con ellos las risitas y cuchicheos de los que sólo esperan salir a comer, y mantener la sala totalmente a oscuras durante la representación, y si, primero y principal, pudiésemos contar con un escenario *pequeño* en una sala *pequeña*, entonces tal vez podría surgir un nuevo arte dramático

y el teatro volver a ser un lugar de entretenimiento para gente educada. Mientras esperamos la llegada de este teatro, lo mejor es que nos pongamos a escribir y guardar en el cajón a fin de alimentar el repertorio del futuro.

Hice el intento. Si no ha resultado exitoso, hay tiempo como para volver a probar.

La señorita Julia

Una tragedia naturalista

1888

Personajes

La señorita JULIA, 25 años

JUAN, ayuda de cámara, 30 años

CRISTINA, cocinera, 35 años

La acción se desarrolla durante la noche de San Juan, en la cocina de la casa solariega del conde.

Espacio escénico

Una gran cocina: el techo y las paredes laterales quedan ocultas por cortinas y bambalinas. La pared del fondo atraviesa el escenario en diagonal, alejándose de los espectadores desde la izquierda. Sobre esta pared, a la izquierda, hay dos estantes con utensilios hechos de cobre, hierro y estaño. Los estantes están cubiertos con papel festoneado.

Un poco hacia la derecha pueden verse tres cuartas partes de una gran arcada que se abre al exterior. Tiene una puerta vidriada de doble hoja, a través de la cual se ven una fuente con un Cupido, lirios en flor, y las copas de algunos álamos.

Sobre la izquierda del escenario se ve la esquina de un gran fogón de cocina hecho de ladrillos esmaltados, y parte de la campana que lo cubre.

Por la derecha asoma un extremo de la mesa de la servidumbre, de pino blanco, con algunas sillas a su alrededor.

El horno está adornado con ramas de abedul. Sobre el piso hay ramitas de enebro esparcidas.

Sobre la mesa hay un gran cuenco japonés lleno de lilas en pimpollo.

♦ La señorita Julia

Un cajón de hielo, una mesada de cocina y un fregadero.

Por sobre la puerta cuelga una gran campana antigua, y a la izquierda de la puerta se ve la bocina de un tubo acústico.

Acto único

(CRISTINA está parada junto a la cocina, friendo algo en una sartén. Lleva puesto un vestido de algodón de colores claros, cubierto por un gran delantal de cocina. Entra JUAN, vestido de librea, y portando un par de botas de montar con espuelas que deposita en el suelo de modo que queden a la vista del público.)

JUAN. — Esta noche, la señorita Julia enloqueció de nuevo; enloqueció por completo.

CRISTINA. — Ah... ¿ya volviste?

JUAN.— Llevé al conde a la estación, y de regreso pasé por el granero para bailar un poco, y allí estaba la joven danzando con el guardabosques. Pero en cuanto me vio, corrió hacia mí y me invitó a bailar con ella el vals de las damas. Y desde entonces no ha parado de danzar como... La verdad es que nunca vi nada igual. ¡Está loca!

CRISTINA. — Y siempre lo ha estado, pero nunca como en estas últimas semanas, desde que rompió su compromiso.

JUAN. — Bueno, ¿pero qué historia fue ésa, al fin y al cabo? Es un buen tipo ¿no?, aunque no sea rico. Ah, pero tienen ideas tan raras en la cabeza. (*Se sienta a un extremo de la mesa.*) De todas maneras es extraño... que una joven... ¡hmm...! prefiera quedarse en casa con la servidumbre..., ¿no te parece...? ¡En lugar de ir con el padre a visitar a sus parientes!

CRISTINA. — Bueno, creo que se siente algo incómoda por ese lío con su prometido.

JUAN. — Es muy probable. De todos modos, ese muchacho tenía sus agallas. ¿Supiste lo que pasó, Cristina? Yo lo vi, pero no le di importancia.

CRISTINA. — No..., ¿es cierto que lo viste?

JUAN. — Claro que lo vi. Estaban una tarde en la explanada de la caballeriza, y la señorita lo *adiestraba*, como decía ella. ¿Sabes lo que significaba eso? Lo hacía saltar por sobre su fusta así como se enseña a un perro. Dos veces saltó, y las dos veces recibió un latigazo. A la tercera le arrancó la fusta de las manos y la partió en mil pedazos. Y se fue.

CRISTINA. — ¡De modo que eso fue lo que ocurrió! ¡No se puede creer!

JUAN.— Sí, así es como fueron las cosas. Bueno, Cristina, ¿qué es eso tan sabroso que estás preparando?

CRISTINA. — (*Sirve lo que está en la sartén y coloca el plato frente a JUAN.*) Oh, un trozo de riñón que separé del asado de ternera.

JUAN. — (*Oliendo la comida.*) ¡Excelente! Ésta es mi gran *délice*. (*Tanteando el plato.*) Pero pudiste haber calentado el plato.

CRISTINA. — ¡Pero si eres más difícil de contentar que el propio conde! (*Le tira juguetonamente del pelo.*)

JUAN. — (*Irritado.*) ¡No me tires del pelo! Ya sabes lo sensible que soy.

CRISTINA. — Bueno, bueno, no era más que un tironcito cariñoso, vamos.

(JUAN *come*. CRISTINA *abre una botella de cerveza.*)

JUAN. — ¿Cerveza en la noche de San Juan? ¡No, gracias! Yo tengo algo mejor. (*Abre un cajón de la mesa y saca una botella de vino tinto con lacre amarillo.*) ¡Lacre amarillo, fíjate! Dame un vaso... mejor una copa, para beberlo *puro*.

CRISTINA. — (*Vuelve al fogón y pone una pequeña sartén al fuego.*) ¡Dios se apiade de la que te tome por marido! ¡Cuántas vueltas!

JUAN. — ¡Oh, vamos! Bien que te gustaría conseguir un tipo listo como yo. Creo que no te molesta que anden diciendo que soy tu amorcito. (*Paladeando el vino.*) ¡Excelente! ¡De verdad, muy bueno! Aunque un poquito demasiado frío. (*Calienta la copa con la mano.*) Lo conseguimos en Dijon. Nos costó cuatro francos el litro, sin contar la botella. Y la aduana, además. ¿Qué estás cocinando, qué es ese olor infernal?

CRISTINA. — Oh, unas porquerías que la señorita mandó preparar para Diana.

JUAN. — Deberías cuidar tu lenguaje, Cristina. Pero, ¿por qué cocinarle a la perra justo hoy, en vísperas de una fiesta? ¿Está enferma acaso?

CRISTINA. — Digamos que sí... Anduvo de juerga con el perrito del guardián... y ahora estamos en problemas... y la señorita no quiere ni oír hablar del asunto.

JUAN. — La señorita es muy arrogante en algunas cosas y no lo bastante orgullosa en otras... como lo era la condesa cuando vivía. Se sentía a gusto en la cocina y entre las vacas, pero nunca iba en coche tirado por un solo caballo. Andaba con los puños sucios, pero los gemelos debían tener una coronita. Y ya que hablamos de la señorita, no cuida debidamente ni de sí ni de su persona. Diría incluso que le falta refinamiento. Ahora mismo, mientras bailaba en el granero, separó al guardabosques de Ana y le pidió que danzara

con ella. Uno no se comporta de esa manera. Pero así son las cosas: cuando la gente de clase alta quiere rebajarse, ¡se rebaja! ¡Ah, pero es espléndida! ¡Estupenda! ¡Ay, qué hombros! Y... ¡y el resto!

CRISTINA. — Oh, bueno, ¡no te entusiasmes demasiado! Yo escuché lo que decía Clara, que la ayuda a vestirse.

JUAN. — ¡Bah, Clara! Ustedes siempre tienen celos una de otra... Yo., yo estuve cabalgando con ella... ¡Y cómo baila!

CRISTINA. — Oye, Juan, ¿querrías bailar conmigo cuando termine?

JUAN. — Claro que sí.

CRISTINA. — ¿Lo prometes?

JUAN. — ¿Si lo prometo? Lo que digo, lo hago. Bueno, gracias por la buena comida. ¡Estuvo muy sabrosa! (*Vuelve a poner el corcho en la botella.*)

JULIA. — (*Aparece en la puerta, hablando con alguien que permanece afuera.*) Vuelvo enseguida. Puedes continuar mientras tanto. (JUAN *desliza la botella en el cajón de la mesa y se pone de pie en señal de respeto.* JULIA *entra y se dirige a CRISTINA, que está junto al fregadero.*) Bueno, ¿ya está listo eso? (CRISTINA *le advierte con señas sobre la presencia de JUAN.*)

JUAN. — (*Con galantería.*) Las damas tendrán sus secretos, presumo.

JULIA. — (*Le golpea la cara con su pañuelo.*) ¡Tenga, don Curioso!

JUAN. — ¡Oh, qué delicioso aroma a violetas tiene eso!

JULIA. — (*Con coquetería.*) ¡Descarado! ¿Así que también sabes algo de perfumería? Porque bailar sabes muy bien... ¡Ahora, deja ya de fisgonear! ¡Fuera!

JUAN. — (*Con descarada cortesía.*) ¿Acaso las damas están cocinando una poción de brujas para la noche de San Juan? ¿Algo que sirva para adivinar la suerte y hacer brillar la estrella que nos permite ver nuestro futuro amor?

JULIA. — (*Rápida.*) ¡Si llegas a verlo es que tienes muy buena vista, por cierto! (*A CRISTINA.*) Mé-telo en una botella y ciérrala bien. Ahora, Juan, ven a bailar un chotís conmigo.

JUAN. — (*Titubeando.*) No quiero ser descortés, pero le había prometido este baile a Cristina...

JULIA. — Bueno, seguro puede conseguir algún otro... ¿no es así, Cristina? ¿No me dejarías tomar a Juan prestado?

CRISTINA. — No soy yo quien tiene que decirlo. Y siendo la señorita Julia tan amable, no creo que él vaya a negarse. ¡Ve, y agradece el honor también!

JUAN. — Hablando francamente, y sin pretender ser ofensivo en modo alguno, no puedo dejar de preguntarme si es prudente que la señorita Julia baile dos veces seguidas con el mismo compañero, especialmente cuando la gente de por aquí es tan rápida para lanzar insinuaciones...

JULIA. — (*Estallando.*) ¿Qué es eso? ¿Qué clase de insinuaciones? ¿Qué quieres decir?

JUAN. — (*Con calma.*) Ya que no quiere entender, se lo explicaré de manera más sencilla. No queda bien preferir a un sirviente por sobre el resto, que espera ser honrado de la misma inusual manera...

JULIA. — ¡Preferir! ¡Pero qué ideas! ¡No salgo de mi sorpresa! Yo, la señora de la casa, me digno honrar este baile con mi presencia, y cuando se da el caso de que realmente tengo ganas de bailar, quiero hacerlo con alguien que sepa guiar, a fin de no quedar en ridículo.

JUAN. — ¡Como usted ordene, señorita Julia! ¡Estoy a su servicio!

JULIA. — (*Más calma.*) No lo tomes como una orden. Esta noche deberíamos divertirnos como muchas personas felices, y olvidarnos de todos los rangos. Ahora dame tu brazo. ¡No temas, Cristina! ¡Te devolveré tu amorcito! (JUAN le ofrece el brazo a la señorita JULIA y la conduce afuera.)

PANTOMIMA

(Debe representarse como si la actriz estuviese realmente sola en el lugar. En caso necesario, le vuelve la espalda al público. No debe mirar en la dirección de los espectadores, ni tampoco apresurarse como si temiera impacientarlos.)

CRISTINA está sola. A lo lejos se oye un chotís ejecutado por un violín.

Tarareando la melodía, CRISTINA levanta la mesa dejada por JUAN, lava el plato en el fregadero, lo seca, y lo guarda en el armario.

Luego se quita el delantal, extrae un espejito de uno de los cajones de la mesa, y lo apoya contra el recipiente con flores que está sobre la mesa; enciende una vela y calienta una horquilla, que usa para rizarse el flequillo.

Después se dirige a la puerta y se queda allí, escuchando. Vuelve a la mesa. Descubre el pañuelo que olvidó la señorita JULIA, lo recoge y lo huele, lo despliega distraídamente y del mismo modo comienza a estirarlo, a plancharlo, a doblarlo.

* * *

JUAN. — *(Entra solo.)* ¡Loca, loca de atar! ¡Qué manera de bailar! Y la gente se para detrás de las puertas para sacarle el cuero. ¿Qué piensas de esto, Cristina?

CRISTINA. — Oh, está disfrutando el momento, y después de todo siempre ha sido así, un poco rara. ¿Vas a bailar conmigo ahora?

JUAN. — ¿No estás enojada conmigo porque te defraudé?

CRISTINA. — ¡No...! ¡Por semejante tontería, no! Y además, yo sé cuál es mi lugar...

JUAN. — (*Rodeándole la cintura con el brazo.*) Eres una chica muy sensata, Cristina, y creo que serías una buena esposa...

JULIA. — (*Entra y queda desagradablemente sorprendida; habla con alegría forzada.*) Bonito compañero de baile, ¡escapando de su dama!

JUAN. — Al contrario, señorita Julia. Como puede ver, vine a buscar a la que había dejado abandonada.

JULIA. — (*Cambiando de tono.*) ¿Sabes una cosa? ¡No hay quien baile como tú...! Pero, ¿por qué usas tu librea en una noche como ésta? ¡Quítatela de inmediato!

JUAN. — Entonces tendré que pedirle que salga un momento, ya que mi chaqueta negra está justo allí. (*Señala hacia la derecha, y se mueve en esa dirección.*)

JULIA. — ¿Acaso te incomoda mi presencia? ¿Sólo por cambiar de chaqueta? ¿Por qué no vas a tu cuarto y regresas? O puedes hacerlo aquí mismo, y yo me vuelvo de espaldas.

JUAN. — Con su permiso, señorita Julia. (*Se aleja hacia la derecha, y alcanza a verse su brazo mientras cambia de chaqueta.*)

JULIA. — (A CRISTINA) ¿Estás comprometida con Juan, que te trata con tanta familiaridad?

CRISTINA. — ¿Comprometida? Sí, en cierto modo. Podría decirse.

JULIA. — ¿Podría decirse?

CRISTINA. — Bueno, señorita Julia, usted tuvo su propio pretendiente, y...

JULIA. — Estábamos realmente comprometidos...

CRISTINA. — Pero igual quedó en la nada...

(*Entra JUAN, vestido con un redingote y sombrero bombín negros.*)

JULIA. — *Très gentil, monsieur Jean! Très gentil!*

JUAN. — *Vous voulez plaisanter, madame!*

JULIA. — *Et vous voulez parler français!* ¿Dónde lo aprendiste?

JUAN. — En Suiza, donde trabajé como *sommelier* en uno de los grandes hoteles de Lucerna.

JULIA. — ¡Pero pareces todo un caballero con ese redingote! ¡Encantador! (*Se sienta a la mesa.*)

JUAN. — Oh, usted me halaga.

JULIA. — (*Ofendida.*) Halagar, yo... ¡a ti!

JUAN. — Mi natural modestia no me permite creer que usted podría rendir un elogio genuino a una

persona como yo, por lo que me atrevo a suponer que usted está exagerando o, como decimos nosotros, halagándome.

JULIA. — ¿Dónde aprendiste a usar palabras como éstas? Debes haber asistido mucho al teatro...

JUAN. — Sí, también. He estado en toda clase de lugares.

JULIA. — Pero naciste en esta comarca.

JUAN. — Mi padre era puestero en la propiedad del procurador del condado, aquí cerca, y recuerdo haberla visto de niña, aunque usted, por supuesto, no me prestó atención.

JULIA. — ¡No me digas!

JUAN. — Sí, y recuerdo una vez en particular... no, pero de eso no puedo hablar.

JULIA. — ¡Oh, sí, hazlo! Vamos... aunque sea esta vez.

JUAN. — No, de veras, no puedo hacerlo ahora. En otro momento, quizás.

JULIA. — Otro momento es ningún momento. ¿Tan malo es?

JUAN. — No es malo, pero es un poco duro. ¡Mírela a ésa! (*Señala a CRISTINA, que se quedó dormida en una silla junto al fogón.*)

JULIA. — Será una esposa amable. Y es probable que ronque, también.

JUAN. — No, no ronca, pero habla en sueños.

JULIA. — (*Cínica*) ¿Y tú cómo lo sabes?

JUAN. — (*Insolente.*) La oí.

(*Pausa durante la cual se estudian uno al otro.*)

JULIA. — ¿Por qué no te sientas?

JUAN. — No sería correcto, en su presencia.

JULIA. — ¿Y si te lo ordeno?

JUAN. — Obedeceré.

JULIA. — ¡Siéntate, entonces...! Pero, ¡espera un momento! ¿Puedes darme algo de beber antes?

JUAN. — No sé qué tenemos al hielo. Me temo que no hay más que cerveza.

JULIA. — ¿Y a eso le dices nada? Mis gustos son tan simples que la prefiero al vino.

JUAN. — (*Saca una botella de cerveza del cajón de hielo y la abre; toma un vaso y un plato del aparador, y sirve la cerveza.*) ¡Permiso!

JULIA. — Gracias. ¿No quieres servirte un poco?

JUAN. — No me gusta mucho la cerveza, pero si es una orden, por supuesto...

JULIA. — ¿Orden...? Pensé que un caballero cortés iba a hacer compañía a su dama.

JUAN. — Sí, así debe ser. (*Abre otra botella y toma un vaso.*)

JULIA. — ¡Bebe a mi salud ahora! (JUAN *titubea.*)
¿Un hombre grande y crecido, tímido...?

JUAN. — (*Se inclina con fingida solemnidad y alza su vaso.*) ¡A la salud de mi dama y señora!

JULIA. — ¡Bravo...! Y ahora para completar debes besarme el zapato. (JUAN *vacila un momento; enseguida le toma un pie y lo roza ligeramente con sus labios.*) ¡Excelente! Deberías ser actor.

JUAN. — (*Incorporándose.*) Esto no debe seguir, señorita Julia. Alguien podría vernos.

JULIA. — ¿Y qué importaría?

JUAN. — Daría qué hablar a la gente... ¡eso es todo! Y si usted supiera lo que sus lenguas repetían hace un rato ahí afuera...

JULIA. — ¿Qué decían? Cuéntame... ¡Siéntate ahora!

JUAN. — (*Se sienta.*) No quiero lastimarla, pero usaban expresiones... que ponen en marcha reflexiones de una clase que... ¡oh, usted no puede ignorarlo! No es una niña, y cuando a una dama se la ve sola con un hombre, bebiendo —más allá de que sea sólo un sirviente— y de noche... entonces...

JULIA. — ¿Entonces qué? Además, no estamos solos. ¿No está Cristina con nosotros?

JUAN. — Sí... ¡dormida!

JULIA. — Entonces la despertaré. (*Incorporándose.*) Cristina, ¿estás dormida?

CRISTINA. — (*Entre sueños.*) ¡Blub, blub, blub, blub!

JULIA. — ¡Cristina...! Habráse visto semejante dormilona.

♦ La señorita Julia

CRISTINA. — (*Entre sueños.*) Las botas del conde ya están lustradas... pon el café... sí, sí, sí, mi... mi... ¡puf!

JULIA. — (*Pellizcándole la nariz.*) ¿Es que no vas a despertar?

JUAN. — (*Severamente.*) No debería molestar a los que duermen.

JULIA. — (*Cortante.*) ¿Qué quieres decir?

JUAN. — Alguien que se ha pasado el día junto al fogón tiene derecho a llegar cansada a la noche. Y se debe respetar su sueño.

JULIA. — (*Cambiando de tono.*) Está muy bien que pienses así, y te hace honor... Te lo agradezco. (*Le ofrece su mano a JUAN.*) Ahora ven y recoge algunas lilas para mí.

(*Durante la siguiente escena CRISTINA despierta. Se mueve como si siguiera dormida y sale por la derecha para irse a su cama.*)

JUAN. — ¿Con usted, señorita Julia?

JULIA. — ¡Conmigo!

JUAN. — ¡Pero no corresponde! ¡De ninguna manera!

JULIA. — No comprendo lo que estás pensando. No se te ocurriría imaginar...

JUAN. — No, no yo, sino la gente.

JULIA. — ¿Qué? ¿Que estoy enamorada de mi sirviente?

JUAN. — No soy un engreído, para nada, pero cosas así han ocurrido... y para la gente no hay nada sagrado.

JULIA. — Hablas como un aristócrata.

JUAN. — Y lo soy.

JULIA. — Mientras yo me rebajo...

JUAN. — Siga mi consejo, señorita Julia, no se rebaje. Nadie creerá que lo hizo a propósito. La gente siempre va a decir que usted cayó.

JULIA. — Tengo mejor opinión de la gente que tú. Ven y comprobemos si tengo razón. ¡Vamos! (*Lo provoca con la mirada.*)

JUAN. — Usted sí que es rara, ¿sabe?

JULIA. — Es posible. Pero también tú lo eres. Y para el caso, todo es raro. La vida, los hombres, todo... apenas una masa informe que flota en el agua hasta que se hunde, ¡se hunde! Tengo un sueño que se repite con frecuencia. Y acabo de recordarlo. He trepado a la cima de una columna y estoy allí sentada sin saber cómo bajar. Me mareo si miro hacia abajo, y debo bajar, pero no tengo coraje como para saltar. No puedo sostenerme, y deseo caer, y sin embargo no caigo. Pero no habrá descanso para mí hasta que no baje, no tendré descanso mientras no baje, hasta el suelo. Y si cayera al suelo, desearía ir aún más abajo, dentro del suelo mismo... ¿Alguna vez sentiste algo parecido?

JUAN. — No, mi sueño es que estoy tendido al pie de un árbol alto en un bosque oscuro. Quiero trepar, llegar a lo más alto, para poder contemplar el paisaje amable, donde brilla el sol, y también para robar el nido que cobija los huevos de oro. Y trepo y trepo, pero el tronco es muy grueso y resbaladizo, y la primera rama está muy lejos. Pero sé que si logro alcanzar esa primera rama, entonces podré llegar a lo más alto como por una escalera. Todavía no lo he logrado, pero voy a llegar, aunque sólo sea en sueños.

JULIA. — ¡Mírame aquí charlando contigo sobre sueños! ¡Vamos! ¡Aunque sólo sea al parque! (*Le ofrece el brazo, y se dirigen hacia la puerta.*)

JUAN. — Esta noche de San Juan deberíamos dormir sobre nueve flores, señorita Julia... entonces nuestros sueños se harían realidad.

(*Se detienen junto a la puerta y JUAN se lleva una mano a los ojos.*)

JULIA. — Déjame ver qué se te metió en el ojo.

JUAN. — Oh, nada... alguna basurita... ya se irá.

JULIA. — Fue por el roce de mi manga. Siéntate y déjame ayudarte. (*Lo toma del brazo y lo hace sentar; le toma la cabeza y la inclina hacia atrás; trata de retirar la molestia con un pliegue de su pañuelo.*) ¡Quédate quieto, bien quieto! (*Le palmea una mano.*) ¿Es que no puedes hacer lo que te digo? Me parece que estás temblando... ¡un

♦ La señorita Julia

hombre grande y fuerte como tú! (*Le palpa los biceps.*) ¡Y con estos brazos!

JUAN. — (*Ominosamente.*) ¡Señorita Julia!

JULIA. — Sí, *monsieur Jean*.

JUAN. — *Attention! Je ne suis qu'un homme.*

JULIA. — ¡Pero es que no puedes quedarte quieto...!
¡Ahí está! Ya salió. Bésame la mano ahora, y dame las gracias

JUAN. — (*Incorporándose.*) Señorita Julia, escúcheme. Cristina ya se ha ido a la cama... ¿Quiere escucharme?

JULIA. — Primero bésame la mano.

JUAN. — ¡Escúcheme!

JULIA. — ¡Primero bésame la mano!

JUAN. — Muy bien, ¡pero no culpe a nadie más que a sí misma!

JULIA. — ¿De qué?

JUAN. — ¿De qué? ¿Acaso con sus veinticinco años sigue siendo una niñita? ¿No sabe que es peligroso jugar con fuego?

JULIA. — No para mí. Tengo seguro.

JUAN. — (*Audaz.*) No, no lo tiene. Y aunque lo tuviera, hay objetos inflamables a su alrededor.

JULIA. — Te refieres a ti, supongo.

JUAN. — Sí. Y no porque yo sea yo, sino porque soy un hombre joven...

JULIA. — Y buen mozo... ¡e increíblemente presumido! Un Don Juan, tal vez. ¿O un casto José? ¡Estoy convencida de que eres un casto José!

JUAN. — ¿Lo está?

JULIA. — Casi que lo temo.

(JUAN *se dirige resueltamente hacia ella y le rodea la cintura con la intención de besarla.*)

JULIA. — (*Le abofetea una oreja.*) ¡Qué vergüenza!

JUAN. — ¿Eso fue jugando o en serio?

JULIA. — En serio.

JUAN. — Entonces también fue en serio lo de antes. Sus juegos son demasiado serios, y eso es lo que tienen de peligrosos. Ahora ya me cansé de jugar, y pido se me excuse para retomar mi trabajo. El conde quiere tener sus botas listas, y ya es pasada la medianoche.

JULIA. — Deja esas botas.

JUAN. — No, es mi trabajo, y estoy obligado a hacerlo. Pero no me he comprometido a ser su compañero de juegos. Es algo que nunca podría ser... me considero mejor que eso.

JULIA. — ¡Tienes tu orgullo!

JUAN. — En algunos casos, no en todos.

JULIA. — ¿Alguna vez estuviste enamorado?

JUAN. — Nosotros no usamos esa palabra. Pero me han gustado muchas chicas, y una vez llegué a

enfermarme porque no pude conseguir a la que quería: enfermo, sabe, como esos príncipes de las mil y una noches que no pueden comer ni beber puramente por amor.

JULIA. — ¿Quién era? (JUAN *permanece en silencio.*) ¿Quién era?

JUAN. — No puede obligarme a decírselo.

JULIA. — ¿Y si te lo pregunto como una igual, si te lo pregunto como... una amiga? ¿Quién era?

JUAN. — Era usted.

JULIA. — (*Se sienta.*) ¡Qué curioso!

JUAN. — Sí, como usted dice... algo ridículo. Ésta era la historia, comprende, que no quería contarle hace un rato. Pero ahora lo voy a hacer. ¿Sabe usted cómo se ve el mundo desde abajo? No, no lo sabe. Como tampoco lo saben los gavilanes o los halcones, cuyo lomo nunca podemos ver porque siempre están volando en lo alto del cielo. Yo vivía en el rancho del puestero, junto con otros siete chicos y un cerdo... allá afuera, en la llanura gris, donde no hay un solo árbol. Pero desde nuestras ventanas, alcanzaba a ver el muro que rodeaba el parque del conde, y los manzanos que asomaban detrás. Era el Paraíso, custodiado por ángeles fieros armados con espadas llameantes. Sin embargo, yo y otros chicos encontramos el camino hacia el Árbol de la Vida... ¿Me desprecia ahora?

JULIA. — Bueno, robar manzanas es algo que hacen todos los chicos.

JUAN. — Usted puede decir eso ahora, pero me desprecia de todos modos. Sin embargo... una vez entré al Paraíso con mi madre para desmalezar los almácigos de cebollas. Cerca había un pabellón turco, sombreado por los árboles y cubierto de madreSelva. No sabía para qué se usaba, pero nunca había visto una construcción más hermosa. Había gente que entraba y salía, y un día la puerta quedó abierta. Me introduje, y vi las paredes cubiertas de retratos de reyes y emperadores, y las ventanas ocultas por cortinados rojos con franjas de seda... ya sabe lo que quiero decir. Yo... (*corta una ramita de lila y la sostiene bajo la nariz de JULIA*), yo nunca había estado dentro de la casa, ni había conocido otra cosa fuera de la iglesia... y esto era mucho más hermoso. No importa por dónde discurrieran mis pensamientos, siempre volvían... a ese lugar. Y gradualmente creció dentro de mí un profundo deseo de paladear todo el placer de... *¡enfin!* Me escabullía dentro, miraba y admiraba. Entonces escuché que alguien se acercaba. Para la gente sólo había una salida, pero para mí había otra, y no tenía más remedio que optar por ella. (*JULIA, que había tomado la ramita de lilas, la deja caer sobre la mesa.*) Entonces me lancé a correr, caí entre arbustos de frambuesas, atravesé a la carrera un plantío de frutillas, y fui a parar a la terraza

donde se encuentra el rosal. Allí mis ojos se encontraron con un vestido rosa y unas medias blancas... ¡era usted! Me arrastré bajo una pila de malezas, bien metido en ellas, sabe, entre cardos punzantes y restos húmedos y malolientes. Y la vi caminando entre las rosas, y pensé: si es posible que un ladrón ascienda a los cielos y habite entre los ángeles, entonces es raro que el hijo de un puestero, aquí en la propia tierra de Dios, no pueda entrar a este parque y jugar con la hija del conde.

JULIA. — (*Con sentimiento.*) ¿Crees que todos los niños pobres habrían pensado como tú en el mismo caso?

JUAN. — (*Como dudando al principio; luego con convicción.*) Que todos... los niños... pobres... ¡sí, claro que sí! ¡Por supuesto!

JULIA. — Debe ser una desgracia terrible ser pobre.

JUAN. — (*Con tono de profunda congoja y énfasis algo exagerado.*) ¡Ay, señorita Julia! ¡Ay...! Un perro puede tenderse en sofá de su ama; un caballo recibir palmadas en el hocico de la mano de la damita, pero un sirviente... (*Cambia el tono.*) Oh, bueno, aquí y allá se encuentra uno hecho de otra pasta que se abre un lugar para sí en el mundo, pero ¿cuántas veces ocurre algo así...? Sin embargo, ¿sabe lo que hice yo? Me arrojé vestido al arroyo del molino, y me tuvieron que res-

catar, y me dieron una tunda. Pero el domingo siguiente, cuando mi padre y el resto de la familia iban a lo de la abuela, me las arreglé para poder quedarme en casa. Y entonces me bañé con jabón y agua caliente, y me puse mis mejores ropas, y fui a la iglesia, donde podía verla a usted. Y la vi, y volví a casa decidido a morir. Pero quería morir de una manera hermosa y placentera, sin dolor. Y entonces recordé que era peligroso dormir bajo un saúco viejo. Teníamos uno grande que estaba en plena floración. Le quité todas las flores, las puse en el cajón donde se guarda la avena y me acosté sobre ellas. ¿Notó alguna vez la suavidad de la avena? ¡Suave al tacto como la piel del cuerpo humano! Sin embargo, bajé la tapa y cerré los ojos, me quedé dormido y me desperté muy enfermo. Pero no morí, como puede ver. Lo que yo pretendía... es más que lo que puedo decir. Por supuesto, no tenía la menor esperanza de ganarla a usted... pero usted simbolizaba la desesperanza de poder salir alguna vez de la clase en la que había nacido.

JULIA. — Eres un excelente narrador, ¿lo sabías? ¿Alguna vez fuiste a la escuela?

JUAN. — Un poco. Pero leí muchas novelas y fui bastante al teatro. Y además, estuve atento a la conversación de la gente de clase alta, y de allí aprendí casi todo.

JULIA. — ¿Así que andas rondando y escuchas lo que decimos?

JUAN. — ¡Por supuesto! Y también escuché muchas cosas cuando estaba al pescante del coche, o remando en el bote. Una vez la escuché a usted, señorita Julia, y a una de sus amigas...

JULIA. — ¡Oh...! ¿Y qué fue lo que escuchaste entonces?

JUAN. — Bueno, no me sería sencillo repetirlo. Pero más bien me sorprendió, y no acertaba a comprender dónde había aprendido usted todas esas palabras. Quizás, en el fondo, no haya tanta diferencia como se cree entre una clase de gente y la otra.

JULIA. — ¡Debería darte vergüenza! Nosotros no vivimos como ustedes cuando estamos comprometidos.

JUAN. — (*Mirándola fijamente.*) ¿De veras...? Bueno, señorita Julia, no le convendría hacerse la inocente conmigo...

JULIA. — El hombre al que le había confiado mi corazón era un canalla.

JUAN. — Es lo que siempre dicen... después.

JULIA. — ¿Siempre?

JUAN. — Siempre, me parece, porque escuché esas mismas palabras varias veces, usadas en ocasiones similares.

JULIA. — ¿Qué ocasiones?

JUAN. — Como ésa de la que estábamos hablando. La última vez...

JULIA. — (*Incorporándose.*) ¡Basta! ¡No quiero escuchar una palabra más!

JUAN. — ¡Ni tampoco quería *ella*... curiosamente! Bueno, pido entonces permiso para retirarme a dormir.

JULIA. — (*Gentilmente.*) ¿A dormir en la noche de San Juan?

JUAN. — Sí, porque bailar con esa gentuza ahí afuera realmente no me atrae.

JULIA. — Consigue la llave del bote y llévame por el lago: quiero ver el amanecer.

JUAN. — ¿Le parece prudente?

JULIA. — Suena como si temieras por tu reputación.

JUAN. — ¿Y por qué no? No me gusta quedar en ridículo, ni tampoco me gusta ser despedido sin una carta de recomendación, porque estoy tratando de abrirme un lugar en el mundo. Y además me siento de algún modo obligado a Cristina.

JULIA. — De modo que ahora se trata de Cristina.

JUAN. — Sí, pero también de usted... ¡Siga mi consejo y váyase a dormir!

JULIA.— ¿Soy yo la que tiene que obedecerte?

JUAN. — Por una vez... ¡y por su propio bien! Ya es entrada la noche. El sueño nos aturde, y la cabeza se recalienta. ¡Vaya a dormir! Y además, si no

♦ La señorita Julia

me equivoco, oigo gente que viene para aquí a buscarme. ¡Y si nos encuentran juntos aquí, está perdida!

CORO. — *(Se lo oye cada vez más cerca)*

Vienen dos chicas por el sendero,
taralalira, taralalá,
y una tiene el zapato embarrado,
taralalira la.

Hablan y hablan de mucho dinero,
taralalira, taralalá,
cuando ninguna tiene un centavo,
taralalira la.

Esta guirnalda podría ofreceros,
taralalira, taralalá,
pero mi amor está en otro lado,
taralalira la.

JULIA. — Conozco a la gente, y la quiero, como ellos me quieren a mí. Déjalos que vengan, y vas a ver.

JUAN. — No, señorita Julia, no la quieren. Reciben la comida que les da y escupen a sus espaldas. Créame. Escúcheme, ¿es que no oye lo que están cantando...? ¡No, no les preste atención!

JULIA. — *(Atenta.)* ¿Qué es lo que cantan?

JUAN. — Oh, alguna grosería. Sobre usted y yo.

JULIA. — ¡Qué infamia! ¡Debería darles vergüenza! ¡Cuánta traición!

♦ La señorita Julia

JUAN. — La gentuza es siempre cobarde. Y ante peleas como ésta no se puede hacer otra cosa que huir.

JULIA. — ¿Huir? ¿A dónde? No podemos salir. Ni podemos ir al cuarto de Cristina.

JUAN. — Ah, ¿no podemos? ¡Bueno, a mi cuarto, entonces! La necesidad no sabe de leyes. Y usted puede confiar en mí, porque soy su amigo verdadero y franco y respetuoso.

JULIA. — Pero piensa... ¡sólo piensa si te van a buscar allí!

JUAN. — Echaré llave a la puerta. Y si tratan de romperla, ¡abriré fuego...! ¡Venga! (*Se arrodilla frente a ella.*) ¡Venga!

JULIA. — (*Con intención.*) ¿Y tú me prometes...?

JUAN. — ¡Lo juro!

(*La señorita JULIA sale rápidamente por la derecha. JUAN la sigue ansiosamente.*)

BALLET

Entran los campesinos. Están vestidos con sus mejores ropas y llevan flores en los sombreros. Un violinista los conduce. Depositán sobre la mesa un tonel de cerveza liviana y un barrilito de coñac, los dos decorados con ramas entrelazadas. Primero be-

♦ La señorita Julia
ben. Después forman una ronda y cantan y bailan la
melodía escuchada anteriormente.

Vienen dos chicas por el sendero...

Terminada la danza, se retiran cantando.

* * *

JULIA. — *(Entra sola. Al ver el desorden en la cocina, se toma las manos. Enseguida saca una polvera y comienza a empolvase la cara.)*

JUAN. — *(Entra completamente exaltado.)* ¡Has visto! Y también lo has escuchado, ¿no? ¿Te parece posible permanecer aquí?

JULIA. — No, no me parece. Pero, ¿qué vamos a hacer?

JUAN. — Huir, viajar, lejos de aquí.

JULIA. — ¿Viajar? Sí... ¿pero a dónde?

JUAN. — A Suiza, a los lagos de Italia... ¿nunca has estado allí?

JULIA. — No. ¿Es lindo el paisaje?

JUAN. — ¡Ah! ¡Eternamente verano! ¡Naranjos!
¡Laureles! ¡Ah!

JULIA. — Pero... ¿y qué vamos a hacer allí?

JUAN. — Voy a poner un hotel, todo de primera clase, incluidos los pasajeros...

JULIA. — ¿Un hotel?

JUAN. — ¡Eso es vida, te lo aseguro! Siempre caras nuevas y nuevas lenguas. Ni un minuto libre para sentirse inquieto o aburrido. No hay que procurarse entretenimientos... porque el trabajo siempre llama: noche y día, campanillas que sueñan, trenes que silban, vehículos que entran y salen, y monedas de oro que llueven continuamente sobre el mostrador. ¡Eso es vida!

JULIA. — Sí, eso es vida. ¿Y yo?

JUAN. — La señora de todo, el principal adorno del establecimiento. Con tu presencia... y tus modales... ¡ah, tendremos el éxito asegurado! ¡Enorme! Sentada como una reina en la oficina, tendrás a los esclavos atareados con solo pulsar un botón eléctrico. Los huéspedes rendirán pleitesía ante tu trono, y tímidamente depositarán sus óbolos sobre la mesa. No te imaginas cómo se estremece la gente a la vista de una cuenta... Yo las haré bien saladas, y tú las endulzarás con tu mejor sonrisa. ¡Oh, vámonos de aquí (*extrae un horario del bolsillo*) de inmediato, con el próximo tren! Estaremos en Malmö a las 6.30; en Hamburgo mañana por la mañana a las 8.30; en Francfort y Basilea un día más tarde. Y llegar a Como por el camino del San Gotardo nos tomará... déjame ver... tres días. ¡Tres días!

JULIA. — Todo eso está muy bien. Pero necesito que me des valor... Juan. Dime que me amas. Ven y tóname en tus brazos.

JUAN. — (*De mala gana.*) Me gustaría... pero no me atrevo. En esta casa otra vez, no. Te amo... más allá de toda duda... ¿o acaso podría dudarlo, señorita Julia?

JULIA. — (*Con recato y auténtico sentimiento femenino.*) ¿Señorita? Llámame Julia. Entre nosotros ya no puede haber barreras. ¡Llámame Julia!

JUAN. — (*Perturbado.*) ¡No puedo! Habrá barreras entre nosotros mientras sigamos en esta casa... aquí está el pasado, y aquí está el conde: nunca he conocido a otra persona por la que sintiera tanto respeto. Con solo ver sus guantes sobre una silla me siento pequeño. Con sólo escuchar esa campanilla, salto como un caballo asustado. Incluso ahora, cuando veo allí sus botas tan derechas y orondas, es como si algo me obligara a doblar la espalda. (*Patea las botas.*) No son más que supersticiones y tradiciones que nos han machacado desde la infancia... pero fácilmente se las puede olvidar. Sólo vayámonos a otro país, donde haya una república, y vas a ver cómo inclinan sus espaldas ante mi portero de librea. Alguien tiene que doblar la espalda, pero no soy yo. No nací para eso. Hay en mí una materia mejor, carácter, y si llego a aferrar la primera rama, ya me verán trepar. En diez años podré vivir del dinero ganado, y entonces iré a Rumania y me conseguiré un título. Y podré —fíjate bien que digo *podré*— terminar mis días como un conde.

JULIA. — ¡Estupendo, estupendo!

JUAN. — Sí, en Rumania se puede conseguir un título de conde por dinero, y entonces podrás ser condesa finalmente. ¡Mi condesa!

JULIA. — ¡Qué puede importarme todo eso que ahora voy a dejar atrás! Dime que me amas; de otro modo... sí, ¿qué sería yo de otro modo?

JUAN. — Te lo diré mil veces... después. Pero no aquí. Y lo más importante, nada de sentimentalismos, o perderemos todo. Debemos mirar las cosas fríamente, como gente sensata. (*Extrae un cigarro, le corta la punta y lo enciende.*) Siéntate allí, yo me sentaré aquí, y hablemos como si nada hubiera pasado.

JULIA. — (*Con desesperación.*) ¡Santo Dios! ¿Es que no tienes sentimientos de ninguna clase?

JUAN. — ¿Yo? Nadie tiene más sentimientos que yo. Pero sé cómo controlarme.

JULIA. — Hace un rato besaste mi zapato... ¡y ahora!

JUAN. — (*Secamente.*) Sí, eso fue entonces. Ahora tenemos otras cosas en qué pensar.

JULIA. — ¡No me hables con dureza!

JUAN. — Con dureza no, con sensatez. Ya hemos cometido una locura... ¡no cometamos otra más! El conde puede aparecer en cualquier momento, y antes de que llegue nuestro porvenir debe quedar resuelto. ¿Qué piensas de mis planes para el futuro? ¿Los apruebas?

JULIA. — Parecen aceptables, en su conjunto. Pero hay una cuestión: un emprendimiento de esas dimensiones requerirá un capital muy grande. ¿Lo tienes?

JUAN. — (*Mordisqueando su cigarro.*) ¿Yo? ¡Por supuesto! Tengo mis conocimientos, mi vasta experiencia, mi familiaridad con varias lenguas. Diría que ésa es la mejor clase de capital.

JULIA. — Pero no te servirá ni para comprar un pasaje de tren.

JUAN. — Eso es cierto. Y por eso estoy buscando un capitalista que me adelante el efectivo necesario.

JULIA. — ¿Y dónde podrías conseguir uno con tanta premura?

JUAN. — Tú deberías encontrarlo si quieres ser mi socia.

JULIA. — Yo no puedo hacerlo, ni tampoco tengo nada propio. (*Pausa.*)

JUAN. — Bueno, hasta aquí llegamos...

JULIA. — Y...

JUAN. — Todo vuelve a ser como antes.

JULIA. — ¿Crees que voy a permanecer bajo este techo como tu concubina? ¿Crees que voy a permitir que la gente me señale con el dedo? ¿Crees que podría mirar a mi padre a la cara después de esto? ¡No, sácame de aquí, de toda esta humillación y esta desgracia...! ¿Qué he hecho? ¡Dios mío, Dios mío! (*Rompe a llorar.*)

JUAN. — ¡Así que ahora terminamos en estos lamentos...! ¿Qué has hecho? Nada que muchas otras no hayan hecho antes que tú.

JULIA. — (*Gritando fuera de sí.*) ¡Y ahora me desprecias...! ¡Me vengo abajo, me desplomo!

JUAN. — Cae sobre mí, que yo te levantaré después.

JULIA. — ¿Qué fuerza horrible me empujó hacia ti? ¿Fue acaso la atracción que el fuerte ejerce sobre el débil, el que asciende sobre el que se viene abajo? ¿O fue amor? ¡Este amor! ¿Acaso sabes qué es el amor?

JUAN. — ¿Yo? Bueno, ¡diría que sí! ¿No se te ocurre que ya anduve antes por ahí?

JULIA. — ¡Oh, qué lenguaje empleas, qué ideas se te ocurren!

JUAN. — Bueno, así me criaron, y así es como soy. No te pongas nerviosa ahora, ni te hagas la exquisita, porque ninguno de nosotros es mejor que el otro. Mira, ni niña, permítame ofrecerte un vaso de algo muy fino. (*Abre el cajón de la mesa, saca la botella de vino, y llena dos vasos que ya habían sido usados.*)

JULIA. — ¿Dónde conseguiste ese vino?

JUAN. — En el sótano.

JULIA. — ¡El borgoña de mi padre!

JUAN. — ¿Qué pasa, no es lo bastante bueno para el yerno?

JULIA. — Y yo bebo cerveza... ¡Yo!

JUAN. — Quiere decir simplemente que tengo mejor gusto que tú.

JULIA. — ¡Ladrón!

JUAN. — ¿Me lo dices a mí?

JULIA. — ¡Oh, oh! ¡Yo, cómplice de un ladrón de la casa! ¿Es que estaba borracha, o es que todo lo ocurrido esta noche fue un sueño? ¡La noche de San Juan! La fiesta de los juegos inocentes...

JUAN. — Inocentes... ¡hmmm!

JULIA.— *(Caminando de un lado para el otro.)*
¿Habrá algún otro ser humano en la tierra tan desdichado como yo en este momento?

JUAN. — Pero ¿por qué? ¿Después de semejante conquista? Piensa en Cristina, ahí dentro. ¿No crees que ella tiene sentimientos también?

JULIA. — Lo creía hasta hace un rato, pero ya no lo creo más. No, una sirvienta es una sirvienta...

JUAN. — ¡Y una puta es una puta!

JULIA. — *(De rodillas, con las manos plegadas.)*
¡Oh, Dios del cielo, ponle fin a esta vida miserable! ¡Rescátame de la mugre en la que me estoy hundiendo! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

JUAN. — No voy a negar que siento pena por ti. Cuando estaba tendido entre las cebollas y te vi allá arriba entre las rosas—tengo que decírtelo—

♦ La señorita Julia

tuve los mismos pensamientos puercos que tienen todos los muchachos.

JULIA. — ¡Tú, que estabas dispuesto a morir por mí!

JUAN. — Entre la avena. Puro palabrerío.

JULIA. — ¡Mentiras, en otras palabras!

JUAN. — (*Empezando a sentir sueño.*) Más o menos.

Creo que leí la historia en un diario, y tenía que ver con un deshollinador que se había metido en un cajón lleno de lilas debido a que una muchacha lo había demandado por no sostener a su hijo...

JULIA. — De modo que eres de esa clase...

JUAN. — Bueno, tenía que pensar en algo... Las mujeres tienden a creer en las cosas pretenciosas.

JULIA. — ¡Canalla!

JUAN. — ¡Tonterías!

JULIA. — Y ahora ya le has visto el lomo al halcón...

JUAN. — Bueno, no sé...

JULIA. — Y yo iba a ser la primera rama...

JUAN. — Pero la rama estaba podrida...

JULIA. — Yo iba a ser el cartel en la fachada del hotel...

JUAN. — Y yo el hotel...

JULIA. — Siéntate en la recepción, y atrae a los clientes, y falsifica las cuentas...

JUAN. — No, de eso me iba a encargar yo...

JULIA. — ¡Que un alma humana pueda estar tan hundida en la mugre!

JUAN. — Bueno, ¡lávala entonces!

JULIA. — Lacayo, sirviente..., ¡ponte de pie cuando estoy hablándote!

JUAN. — Tú, amante de lacayos, tú, querida de un sirviente..., ¡cállate la boca y lárgate de aquí! Justamente tú vienes a decirme que soy vulgar. La gente de mi clase jamás en la vida se habría comportado tan vulgarmente como tú lo hiciste esta noche. ¿Crees que una sirvienta habría buscado un hombre como lo hiciste tú? ¿Alguna vez viste a una chica de mi clase arrojarse a los brazos de alguien de esa manera? Nunca vi nada igual, excepto entre las bestias y las prostitutas.

JULIA. — (*Derrumbada.*) Está bien: golpéame, pisotéame... ¡no merezco nada mejor! Soy una criatura desgraciada. ¡Pero ayúdame! ¡Ayúdame a salir de esto, si es que existe la manera!

JUAN. — (*En tono más suave.*) No quiero rebajarme negando mi participación en el honor de seducir. ¿Pero crees que una persona de mi condición se habría atrevido a poner sus ojos en ti, si la invitación para hacerlo no hubiese venido de tú misma? Todavía no he podido superar mi extrema sorpresa...

JULIA. — Y tu orgullo...

JUAN. — Sí, ¿por qué no? Aunque tengo que confesar que la victoria fue demasiado fácil como para provocar una auténtica embriaguez.

JULIA. — ¡Sigue castigándome!

JUAN. — (*Incorporándose.*) ¡No! Perdóname tú a mí por las cosas que he estado diciendo. No quiero golpear a quien no puede defenderse, y mucho menos a una dama. Por un lado no puedo negar que ha sido placentero para mí descubrir que lo que nos deslumbra allá abajo no es más que oro-pel; que el halcón simplemente es gris también en el lomo; que la tierna mejilla está empolvada; que las uñas pulidas pueden tener líneas negras, y que el pañuelo puede estar sucio aunque huelga a perfume. Pero por otro lado me duele haber descubierto que lo que pretendía alcanzar no es ni mejor ni más auténtico. Me duele verte caer tanto que has quedado muy por debajo de tu propia cocinera..., me duele tanto como duele ver las flores de otoño abatidas por la lluvia y hundidas en el barro.

JULIA. — Hablas como si ya estuvieras por encima de mí.

JUAN. — Bueno, claro que lo estoy. ¿No te das cuenta? Yo pude haber hecho de ti una condesa, pero tú jamás podrías hacer de mí un conde.

JULIA. — Bueno, yo nací de un conde, y eso es más que lo que tú puedas lograr.

JUAN. — Es cierto. Pero podría ser padre de condes... si...

JULIA. — Pero tú eres un ladrón... y yo no lo soy.

JUAN. — El robo no es lo peor. Hay otras cosas todavía peores. Además, cuando sirvo en una casa, me considero en cierto sentido un miembro de la familia, un hijo de la casa, y no se lo llama robo cuando los niños recogen frutos que cuelgan de las enredaderas. (*Vuelve a encenderse su apasionamiento.*) Señorita Julia, usted es una mujer magnífica, demasiado buena para alguien como yo. Se dejó llevar por un arrebató, y ahora quiere encubrir su error tratando de convencerse de que está enamorada de mí. Bueno, no lo está, a menos que tal vez mi contextura pueda resultarle tentadora... en cuyo caso su amor no es mejor que el mío. Nunca me quedaría satisfecho sabiendo que no aprecia en mí otra cosa que el simple animal, y que jamás podré conquistar su amor.

JULIA. — ¿Tan seguro estás de eso?

JUAN. — ¿Quieres decir que sería posible? Que yo podría amarte, sí, sin duda, porque eres hermosa, refinada, (*se acerca a ella y le toma la mano*) educada, encantadora cuando te lo propones, y no es probable que se apague la llama en un hombre que alguna vez se ha encendido por ti. (*Le rodea la cintura con el brazo.*) Eres como un vino caliente y especiado, y uno de tus besos...

(*Intenta guiarla fuera del lugar, pero ella se desprende gentilmente de su abrazo.*)

JULIA. — ¡Déjame en paz! No es así como podrías ganarme.

JUAN. — ¿Y cómo entonces...? ¡No es así! ¡No es con caricias y palabras amables! ¡No es pensando en el futuro, escapando de la desgracia! ¿Cómo entonces?

JULIA. — ¿Cómo? ¿Cómo? No lo sé... ¡No lo sé! Te odio como odio a las ratas, ¡pero no puedo escapar de ti!

JUAN. — ¡Escapa conmigo!

JULIA. — (*Enderezándose.*) ¿Escapar? Sí, ¡debemos escapar...! Pero estoy tan cansada... Dame un vaso de vino. (JUAN *sirve vino*. JULIA *mira su reloj.*) Pero antes tenemos que hablar. Todavía nos queda algún tiempo. (*Vacía el vaso y lo extiende por más.*)

JUAN. — No bebas tanto. Se te irá a la cabeza.

JULIA. — ¿Qué diferencia habría?

JUAN. — ¿Qué diferencia habría? Es vulgar emborracharse... ¿Qué era lo que querías decirme?

JULIA. — Debemos escapar. Pero antes tenemos que hablar... Quiero decir, yo tengo que hablar, porque hasta ahora sólo hablaste tú. Me has contado tu vida. Ahora me corresponde hablar de la mía, para que nos conozcamos hasta el fondo antes de emprender nuestro viaje juntos.

JUAN. — ¡Un momento, por favor! Piénsalo antes, para no lamentarlo después, cuando ya hayas revelado los secretos de tu vida.

JULIA. — ¿No eres mi amigo acaso?

JUAN. — Sí, a veces... pero no confíes en mí.

JULIA. — Lo dices por decir... y además, mis secretos son conocidos por todos. Ya lo sabes, mi madre no era de noble cuna, sino que provenía de gentes muy sencillas. La educaron de acuerdo con las ideas de la época sobre la igualdad, y la independencia de la mujer, y ese tipo de cosas. Y guardaba una franca aversión hacia el matrimonio. Por eso, cuando mi padre se lo propuso, dijo que no se casaría con él... aunque terminó haciéndolo de todos modos. Vine al mundo... contra los deseos de mi madre, según llegué a pensar. A mi madre se le ocurrió criarme en un estado perfectamente natural, y al mismo tiempo tenía que aprender todo lo que se le enseña a un varón, a fin de poder probar que una mujer vale tanto como un hombre. Me vestían como a un muchacho, y me enseñaron a manejar un caballo, pero no podía tener contacto con las vacas. Tuve que aprender a tuser y a ensillar y a salir de caza a caballo. Hasta me obligaron a aprender algo sobre agricultura. Y en toda la finca se ordenó a los hombres hacer el trabajo de las mujeres y a las mujeres el de los hombres... con el resultado de que todo se fue al demonio y nos convertimos en el hazmerreir de la comarca. Al final mi padre debe haberse librado del hechizo que había caído sobre él porque se rebeló, y reacomodó todo según sus propias ideas. Mi madre enfermó... nun-

ca supe de qué clase de enfermedad, pero a menudo sufría convulsiones, y solía esconderse en el altillo o en el jardín, y a veces pasaba la noche afuera. Entonces estalló ese gran incendio, del que habrás oído hablar. La casa, el establo y el granero quedaron reducidos a cenizas, y en circunstancias que llevaron a pensar que el fuego había sido intencional. Porque el desastre se produjo un día después de vencido el seguro, y el dinero enviado para renovar la póliza se había demorado por un descuido del mensajero, de modo que llegó demasiado tarde. (*Vuelve a llenar su vaso y bebe.*)

JUAN. — No sigas bebiendo.

JULIA. — ¡Bah, qué importa...! Carecíamos de un techo y tuvimos que dormir en los carruajes. Mi padre no sabía dónde conseguir dinero para reconstruir la casa. Entonces mi madre sugirió que le pidiera prestado a un amigo de su infancia, un fabricante de ladrillos que vivía no lejos de aquí. Mi padre consiguió el préstamo, pero no le permitieron pagar intereses, cosa que lo sorprendió. Y la casa pudo ser reconstruida. (*Vuelve a beber.*) ¿Sabes quién prendió fuego a la casa?

JUAN. — ¡Su señoría, tu madre?

JULIA. — ¿Sabes quién era el fabricante de ladrillos?

JUAN. — ¿El amante de tu madre?

JULIA. — ¿Sabes de quién era el dinero?

JUAN. — Espera un momento... No, eso lo ignoro.

JULIA. — De mi madre.

JUAN. — En otras palabras, del conde, si no había un acuerdo previo.

JULIA. — No había acuerdo. Mi madre poseía una pequeña fortuna de su propiedad que no quería dejar bajo el control de mi padre, y entonces la invirtió... con su amigo.

JUAN. — Que se la afanó.

JULIA. — ¡Exacto! Se la guardó. Todo esto llegó a conocimiento de mi padre. No podía iniciar una demanda; no podía pagarle al amante de su esposa; no podía probar que era el dinero de su esposa. Esa fue la venganza de mi madre porque él había tomado las riendas de su propia casa. En esa época estuvo a punto de matarse... incluso circuló el rumor de que lo había intentado y había fallado. Pero recompuso su vida, y mi madre debió pagar por lo que había hecho. ¡Te aseguro que fueron cinco años que jamás olvidaré! Mis simpatías estaban con mi padre, pero me puse del lado de mi madre porque ignoraba las circunstancias. De ella aprendí a desconfiar de los hombres y a odiarlos —porque ella los odiaba a todos, como probablemente ya sabes— y yo le prometí bajo juramento no convertirme nunca en la esclava de un hombre.

JUAN. — Y así fue como te comprometiste con el procurador del condado.

JULIA. — Sí, a fin de hacerlo mi esclavo.

JUAN. — Y él no quiso.

JULIA. — Oh, sí quería, pero no se lo permití. Me cansé de él.

JUAN. — Sí, lo vi... en la explanada del establo.

JULIA. — ¿Qué es lo que viste?

JUAN. — Eso mismo... cómo rompía el compromiso.

JULIA. — ¡Eso no es cierto! Fui yo quien lo rompió. ¿Él dijo eso, el muy canalla?

JUAN. — Bueno, me parece que no era ningún canalla. ¿Así que usted odia a los hombres, señorita Julia?

JULIA. — ¡Sí! La mayoría de las veces. Pero de cuando en cuando... cuando la debilidad me supera... ¡ah, qué vergüenza!

JUAN. — ¿Y también me odia a mí?

JULIA. — ¡Sin medida! Te mataría como a una bestia...

JUAN. — Como quien dispara a un perro rabioso. ¿Verdad?

JULIA. — ¡Verdad!

JUAN. — Pero no hay nada con qué disparar... ni tampoco hay perro. ¿Qué hacemos entonces?

JULIA. — Nos vamos al extranjero.

JUAN. — ¿Para hostigarnos a muerte?

JULIA. — No... para gozar juntos: un par de días, una semana, mientras sea posible. Y después... ¡morir!

JUAN. — ¿Morir? ¡Qué estupidez! Me parece mejor poner un hotel.

JULIA. — (*Sin escuchar a JUAN.*) En el lago de Como, donde el sol siempre brilla, y los laureles siguen verdes en Navidad, y las naranjas resplandecen.

JUAN. — Lago de Como es un agujero lluvioso, y no vi naranjas sino en las verdulerías. Pero es un buen lugar para el turismo, porque tiene muchas casas que se rentan a las parejas enamoradas. Y ése es un negocio muy redituable... ¿sabes por qué? Porque alquilan por seis meses... y se van a las tres semanas.

JULIA. — (*Ingenuamente.*) ¿Y por qué a las tres semanas?

JUAN. — Porque se pelean, por supuesto. Pero igual tienen que pagar la renta. Y uno puede volver a alquilar la casa. Y así continuamente, porque el amor abunda... aunque no dure mucho.

JULIA. — ¿No quieres morir conmigo?

JUAN. — No quiero morir de ningún modo. Primero porque me gusta la vida, y después porque el suicidio me parece un crimen contra la Providencia que nos ha dado la vida.

JULIA. — ¿Quieres decir que crees en Dios?

JUAN. — Por supuesto que creo. Y voy a la iglesia domingo por medio. Para ser franco, ya me cansé de todo esto, y ahora me voy a dormir.

JULIA. — ¿Ah, sí? ¿Y crees que voy a dejar las cosas así? ¿Sabes la deuda que has contraído con la mujer a la que deshonraste?

JUAN. — (*Extrae su bolsa y arroja una moneda de plata sobre la mesa.*) ¡Listo! No quiero tener deudas con nadie.

JULIA. — (*Pretendiendo no advertir el insulto.*) Sabes que la ley contempla...

JUAN. — Lamentablemente la ley no establece castigos para la mujer que seduce a un hombre

JULIA. — (*Como antes.*) ¿Se te ocurre alguna otra salida aparte de viajar al exterior y casarnos, y después divorciarnos?

JUAN. — ¿Y si yo me negara a participar de esta *mésaillance*...?

JULIA. — *Mésaillance*...

JUAN. — Sí, para mí por lo menos. Ya ves, mis antepasados son más honorables que los tuyos, porque nadie de mi familia ha sido culpable jamás de incendio intencional.

JULIA. — ¿Cómo lo sabes?

JUAN. — Bueno, nada se sabe en contrario, porque no conservamos pedigríes... excepto en la policía. Pero leí sobre tu pedigrí en un libro que había

sobre la mesita de la sala. ¿Sabes quién fue tu antepasado más lejano? Un molinero que permitió que su esposa durmiera con el rey una noche durante la guerra con Dinamarca. Yo no tengo antepasados de esa clase. Ni de ninguna otra, pero puedo convertirme yo mismo en un antepasado.

JULIA. — Esto es lo que recibo por franquear mi corazón a alguien que no lo merece; por sacrificar el honor de mi familia...

JUAN. — ¡El deshonor! Bueno, ¿qué acabo de decirte? Que no bebas, porque si bebes hablas. ¡Y no debes hablar!

JULIA. — ¡Oh, cómo lamento lo que he hecho! ¡Cómo lo lamento! ¡Si al menos me amaras!

JUAN. — Por última vez: ¿qué quieres decir? ¿Tengo que sollozar? ¿Tengo que saltar sobre tu fusta? ¿Tengo que besarte, e invitarte al lago de Como durante tres semanas, y cosas así? ¿Qué debo hacer? ¿Qué es lo que pretendes? ¡Esto se está volviendo insoportable! Pero es lo que sucede cuando uno se mete con mujeres. ¡Señorita Julia! Me doy cuenta de que no es feliz; sé que está sufriendo; pero no logro entenderla. Nosotros no nos comportamos de esta manera. No hay odio entre nosotros, nunca. El amor es para nosotros un juego, y lo jugamos cuando el trabajo nos deja tiempo para hacerlo. Pero no tenemos tiempo para dedicarle día y noche como tiene usted. Me

♦ La señorita Julia

parece que estás enferma... estoy seguro de que estás enferma.

JULIA. — Deberías ser bueno conmigo... y hablarme como un ser humano.

JUAN. — Está bien, pero sé humana tú también. Me escupes, y después no permites que me enjuague... ¡sobre ti!

JULIA. — ¡Ayúdame, ayúdame! Sólo dime qué tengo que hacer..., a dónde debo marcharme.

JUAN. — ¡Oh, Dios, como si yo mismo lo supiera!

JULIA. — Perdí el control, enloquecí, pero tiene que haber alguna manera de salvarme.

JUAN. — Quédate aquí y mantente callada. Nadie sabe nada.

JULIA. — ¡Imposible! La gente lo sabe, y Cristina lo sabe.

JUAN. — No lo saben, y jamás lo creerían posible.

JULIA. — (*Titubeando.*) Pero... podría volver a ocurrir.

JUAN. — Eso es cierto.

JULIA. — ¿Y las consecuencias?

JUAN. — (*Atemorizado.*) ¡Las consecuencias! ¿Dónde tenía la cabeza que no se me ocurrió pensar en ello? Bueno, entonces no se puede hacer otra cosa: debes irte. ¡Ya mismo! No puedo ir contigo, porque entonces todo estaría perdido, así que debes partir sola... al exterior... ¡a cualquier parte!

JULIA. — ¿Sola? ¿A dónde...? No puedo hacerlo.

JUAN. — ¡Debes! Y antes de que regrese el conde. Si te quedas, ya sabes lo que va a pasar. Una vez que uno toma por el mal camino, quiere seguir porque el daño ya está hecho. Entonces uno se vuelve cada vez más imprudente... y al final todo sale a la luz. ¡Así que debes irte! Después podrás escribirle al conde y contarle todo, excepto que fui yo. Y nunca lo va a saber. Ni creo que vaya a estar muy interesado en saberlo.

JULIA. — Me iré si vienes conmigo.

JUAN. — ¿Te has vuelto loca, mujer? ¡La señorita Julia escapa con su sirviente! Aparecerá en los diarios al día siguiente, y el conde nunca sobrevivirá al escándalo.

JULIA. — ¡No puedo irme! ¡No puedo quedarme! ¡Ayúdame! Estoy tan cansada, y tengo tanto miedo. ¡Dame una orden! Oblígame a marchar, porque ya no puedo pensar, ya no puedo actuar...

JUAN. — ¡Pero te das cuenta la clase de inútiles que sois! ¿Por qué se pavonean y alzan la nariz como si fueran los dioses de la creación? Muy bien, te daré órdenes. Ve a vestirte. Toma algún dinero para el viaje, y vuelve.

JULIA. — *(En tono muy bajo.)* ¡Ven conmigo!

JUAN. — ¿A tu cuarto? ¡Has enloquecido de nuevo! *(Duda por un momento.)* ¡No, debes marcharte ya! *(La toma de la mano y la conduce afuera.)*

♦ La señorita Julia

JULIA. — (*Saliendo.*) ¿No puedes hablarme con amabilidad, Juan?

JUAN. — Una orden siempre debe sonar áspera. ¡Ahora ya sabes cómo se siente!

(JULIA sale. JUAN, ya solo, exhala un suspiro de alivio; se sienta a la mesa; extrae una libreta de notas y un lápiz; de tanto en tanto, menciona cifras en voz alta; escena muda hasta que entra CRISTINA vestida para la iglesia; trae en sus manos una pechera falsa y una corbata blanca.)

CRISTINA. — Santo cielo, ¡qué aspecto tiene todo esto! ¿Qué estuviste haciendo?

JUAN. — Oh, fue la señorita Julia la que hizo entrar a la gente. ¿Dormiste tan profundamente que no escuchaste nada?

CRISTINA. — Dormí como un tronco.

JUAN. — ¿Y ya estás vestida para la iglesia?

CRISTINA. — Sí, ¿no prometiste acompañarme a comulgar hoy?

JUAN. — Ah, sí, ahora lo recuerdo. Y ahí tienes la ropa elegante. Bueno, adelante con ello. (*Se sienta; CRISTINA le ayuda a colocarse la pechera y la corbata blanca. Pausa. En tono somnoliento.*) ¿Cuál era la lectura hoy?

CRISTINA. — Ah, sobre la decapitación de Juan el Bautista, creo.

JUAN. — Va a ser algo largo, estoy seguro. ¡Epa, me estás ahorcando! ¡Ah, tengo sueño, tanto sueño!

CRISTINA. — Bueno, ¿qué te ha tenido levantado toda la noche? ¡Vamos, hombre, tienes la cara verdosa!

JUAN. — Estuve aquí sentado, conversando con la señorita Julia.

CRISTINA. — ¡No tiene idea de lo que son las convenciones, esa criatura!

(Pausa)

JUAN. — Dime, Cristina.

CRISTINA. — ¿Sí?

JUAN. — ¿No te parece raro, cuando lo piensas? ¡Ella!

CRISTINA. — ¿Qué es lo raro?

JUAN. — ¡Todo!

(Pausa)

CRISTINA. *(Viendo los vasos sobre la mesa, con restos de vino.)* ¿Así que también estuvieron bebiendo?

JUAN. — Sí.

CRISTINA. — ¡Vergüenza debería darte! ¡Mírame a los ojos!

JUAN. — Sí.

CRISTINA. — ¿Acaso...? ¿Es posible...?

JUAN. — (*Luego de pensarlo un momento.*) ¡Sí, lo es!

CRISTINA. — ¡Agh! Esto es peor que lo que pude haber imaginado. ¡Es horrible!

JUAN. — No estarás celosa de ella, ¿no?

CRISTINA. — No, de ella no. Si hubiesen sido Clara o Sofía, te habría arrancado los ojos. Sí, eso es lo que siento, y no puedo explicar por qué. Por favor, ¡qué cosa desagradable!

JUAN. — ¿Estás enojada con ella entonces?

CRISTINA. — ¡No, contigo! ¡Estuviste mal, muy mal! ¡Pobre niña! ¡No...! Te digo algo, no quiero quedarme un minuto más en esta casa con gente por la que es imposible tener el menor respeto.

JUAN. — ¿Por qué deberías tenerles respeto?

CRISTINA. — ¿Y tú que te crees tan listo no puedes decirlo? Uno no sirve a personas que no se comportan decentemente, ¿no te parece? Sería rebajarse, creo.

JUAN. — Aunque debería servirnos de consuelo saber que no son mucho mejores que nosotros.

CRISTINA. — No, no pienso así. Porque si no fueran mejores, no tendría sentido tratar de estar a su altura. ¡Piensa solamente en el conde! ¡Piensa en él, que tanto ha sufrido en su momento! ¡No...! Ya no quiero seguir en esta casa... Y con un tipo como tú, además. Si hubiera sido el procurador..., si hubiera sido alguien de su propia clase...

JUAN. — ¡Pero qué dices!

CRISTINA. — ¡Sí, sí! A tu manera tienes razón, pero al fin y al cabo alguna diferencia hay entre una clase de gente y la otra... ¡No..., pero esto es algo que nunca voy a superar...! Y la damita, tan orgullosa y tan agria con los hombres que resultaba imposible pensar que alguna vez iba a tener uno cerca, ¡y mucho menos éste! ¡Justo ella que quería matar a la pobre Diana porque había estado de correrías con el perro del guardabosques...! Bueno, ¡tengo que decirlo! Pero no pienso quedarme aquí, y en octubre me largo.

JUAN. — ¿Y después?

CRISTINA. — Bueno, ya que tocamos el tema, tal vez sería bueno que también buscaras algo para ti, dado que finalmente nos vamos a casar.

JUAN. — Bueno, pero ¿qué podría buscar? Como hombre casado no podría encontrar una posición como ésta.

CRISTINA. — No, eso lo entiendo. Pero podrías conseguirte un trabajo de conserje, o tal vez de mensajero en alguna oficina del gobierno. Por supuesto, la hogaza pública siempre pesa menos pero llega regularmente, y además está la pensión para la viuda y los chicos...

JUAN. — (*Haciendo una mueca.*) Todo eso está muy bien, pero no es mi estilo pensar en morirme de repente en beneficio de la esposa y los hijos. De-

bo decir que mis planes apuntan hacia algo mejor que esa clase de cosas.

CRISTINA. — Tus planes, sí... pero también tienes obligaciones, ¡y más te valdría no olvidarlas!

JUAN. — ¡No me hagas enfurecer ahora hablando de obligaciones! Yo sé muy bien lo que tengo que hacer. (*Atento a algún ruido que llega de afuera.*) Sin embargo, tenemos mucho tiempo para pensar en estas cosas. Entra y prepárate, que luego iremos a la iglesia.

CRISTINA. — ¿Quién está caminando ahí arriba?

JUAN. — No sé, a menos que sea Clara.

CRISTINA. — (*Saliendo.*) El conde no puede ser, ¿crees que pudo haber venido a casa sin que nadie lo oyera?

JUAN. — (*Asustado.*) ¿El conde? No, eso no es posible, porque habría pedido por mí.

CRISTINA. — (*Mientras se va.*) Bueno, ¡que Dios nos ampare! ¡Nunca he visto nada parecido!

(*El sol se ha elevado y brilla sobre las copas de los árboles en el parque. La luz va cambiando gradualmente hasta que entra oblicuamente por las ventanas. JUAN se dirige hacia la puerta y hace una señal.*)

JULIA. — (*Entra con su atuendo de viaje y llevando consigo una jaulita de pájaros cubierta con una toalla, que coloca sobre una silla.*) Ya estoy lista.

JUAN. — ¡Baja la voz! Cristina está despierta.

JULIA. — (*Demostrando un extremo nerviosismo en toda la escena que sigue.*) ¿Sospecha algo?

JUAN. — No sabe nada. Pero, santo cielo, ¡qué aspecto tienes!

JULIA. — ¿Qué aspecto tengo?

JUAN. — Estás pálida como un cadáver, y... perdóname, pero tienes la cara sucia.

JULIA. — Me la lavo entonces... ¡Ahora! (*Se dirige al fregadero y se lava la cara y las manos.*) Alcánzame la toalla... ¡Oh...! ¡Está saliendo el sol!

JUAN. — Y los ogros se desvanecen.

JULIA. — ¡Sí, ogros y duendes estuvieron en danza anoche...! Pero escucha, Juan. Ven conmigo, que ya tengo el dinero.

JUAN. — (*Desconfiado.*) ¿Suficiente?

JULIA. — Suficiente como para empezar. Ven conmigo, porque hoy no puedo viajar sola. Piénsalo: el día de San Juan, en un tren colmado, lleno de gente que te mira... y esperando en las estaciones cuando todo lo que quieres es volar. No, ¡no puedo! ¡No puedo! Y entonces sobrevendrán los recuerdos: ¡recuerdos de los días de San Juan en la infancia, cuando el interior de la iglesia se convertía en un bosque verde... ramas de abedul y de lilas; la comida en la mesa festiva con amigos y parientes; la tarde en el parque, con bailes y música, flores y juegos! Uno puede escapar y

escapar, pero los recuerdos te siguen en el vagón de equipajes, ¡y con ellos los remordimientos y el arrepentimiento!

JUAN. — Iré contigo... pero ahora, antes de que sea demasiado tarde. ¡En este mismo momento!

JULIA. — Bueno, vístete entonces. (*Recoge la jaula.*)

JUAN. — ¡Pero sin equipaje! Eso nos delataría.

JULIA. — ¡No, nada en absoluto! Solo lo que podamos llevar en el coche.

JUAN. — (*Se ha quitado el sombrero.*) ¿Qué llevas ahí? ¿Qué es eso?

JULIA. — Es sólo mi jilguero. No puedo dejarlo.

JUAN. — ¡Pero cómo se te ocurre! ¡Llevar una jaula con nosotros! ¡Estás loca de remate! ¡Deja esa jaula!

JULIA. — ¡Es lo único que llevo de mi casa! ¡La única criatura viviente que me ama desde que Diana me abandonó! ¡No seas cruel! ¡Déjame llevarla!

JUAN. — ¡Deja esa jaula, te digo! Y no hables tan alto... Cristina puede oírnos.

JULIA. — No, no voy a dejar que caiga en manos extrañas. ¡Prefiero que lo mates!

JUAN. — Bueno, dámelo y le retuerzo el pescuezo.

JULIA. — Sí, pero no lo lastimes. No... ¡no, no puedo!

JUAN. — Dame... ¡yo puedo!

JULIA. — (*Saca el pájaro de la jaula y lo besa.*) ¡Oh, mi pajarito, debe morir e irse lejos de su ama!

JUAN. — No hagas una escena, por favor. ¿No te das cuenta de que se trata de tu vida, de tu futuro? ¡Vamos, rápido! (*Le arrebató el pájaro, lo lleva hasta la tabla de picar y toma un hacha.* JULIA *vuelve la cara.*) Deberías haber aprendido a matar un pollo en lugar de disparar con revólver... (*Descarga el hacha.*) Entonces no te habría impresionado una gota de sangre.

JULIA. — (*A los gritos.*) ¡Mátame a mí también! ¡Mátame! ¡Tú que puedes tomar la vida de una criatura inocente sin que se te mueva un pelo! ¡Ah, te odio y te desprecio! ¡Hay sangre entre nosotros! ¡Maldita sea la hora en que te conocí! ¡Maldita sea la hora en que vine a la vida en el vientre de mi madre!

JUAN. — Bueno, ¿para qué sirven todas esas maldiciones? ¡Vamos!

JULIA. — (*Aproximándose a la tabla de picar como si fuera atraída a ella contra su voluntad.*) No, no quiero irme todavía. No puedo... Tengo que ver... ¡Calla! Viene un carruaje por el camino, (*Escucha sin quitar los ojos de la tabla y el hacha.*) Crees que no puedo soportar la vista de la sangre. Crees que soy tan débil... Ah, me gustaría ver tu sangre, tus sesos, sobre esa tabla. Me gustaría ver todo tu sexo bañado en sangre como

esa cosa ahí. ¡Creo que podría beber de tu cráneo, y bañar mis pies en tu pecho abierto, y comerte el corazón...! ¡Crees que soy débil; crees que te amo porque mi vientre clamaba por tu semilla; crees que quiero abrigar tu progenie junto a mi corazón y nutrirla con mi sangre..., criar tus hijos y tomar tu nombre! Dime, tú, ¿cómo es que te llamas? Nunca supe tu apellido... y tal vez no lo tengas. Me convertiría en “doña Cuchitril” o en “doña Chiquero”... Tú, perro que llevas mi collar; tú, lacayo con mi escudo de armas en tus botones... a quien debería compartir con mi cocinera, y ser rival de mi propia sirvienta. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh...! ¡Crees que soy cobarde y pretendo escapar! No, ahora me quedo... ¡y que se desate la tormenta! Mi padre volverá a casa... encontrará su bargueño abierto... ¡y verá que el dinero ha desaparecido! Entonces hará sonar la campanilla dos veces para llamar a su sirviente... y mandará a buscar al comisario... ¡y entonces contaré todo! ¡Todo! Ah, pero será bueno poner fin a todo... ¡si fuera realmente el fin! ¡Y entonces se le partirá el corazón, y morirá...! De modo que todo terminará para nosotros... y todo volverá a la calma... a la paz... ¡al descanso eterno...! Y entonces el escudo de armas se hará trizas sobre el ataúd... y el linaje del conde habrá desaparecido... pero el linaje del sirviente sobrevivirá en el orfanato..., ganará sus laureles en las cloacas, y terminará en la cárcel.

JUAN. — ¡Habló la sangre real! ¡Bravo, señorita Julia! ¡Ahora vuelva a meter al molinero en su bolsa!

(*Entra CRISTINA vestida para la iglesia y llevando en la mano un devocionario. JULIA corre hacia ella y se arroja a sus brazos como buscando protección.*)

JULIA. — ¡Ayúdame, Cristina! ¡Ayúdame contra este hombre!

CRISTINA. — (*Distante y fría.*) ¿Qué clase de espectáculo es éste en la mañana de un día santo? (*Ve la tabla de picar.*) ¡Madre mía, qué lio que han hecho...! ¿Qué significa todo esto? ¡Y sus gritos, y su comportamiento!

JULIA. — Eres mujer, Cristina, y eres mi amiga. ¡Cuídate de ese canalla!

JUAN. — (*Algo cohibido y molesto.*) Mientras las damas conversan, me voy a afeitarme. (*Se escabulle por la derecha.*)

JULIA. — Debes comprenderme, y debes escucharme.

CRISTINA. — No, de veras que no entiendo este puterío. ¿A dónde va con su vestido de viaje...? Y él con el sombrero puesto... ¿Qué...? ¿Qué?

JULIA. — Escúchame, Cristina, escúchame, y te contaré todo...

CRISTINA. — Yo no pretendo saber nada...

JULIA. — Tienes que escucharme...

CRISTINA. — ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué son estas tonterías con Juan? Bueno, la verdad es que no me importa nada porque no es asunto mío. Ahora, si usted piensa llevárselo consigo, jeso no lo vamos a permitir!

JULIA. — (*Extremadamente nerviosa.*) Por favor, trata de tranquilizarte, Cristina, y escúchame. Yo no puedo quedarme aquí, y Juan no puede quedarse aquí... y por eso tenemos que irnos...

CRISTINA. — ¡Hmm, hmm...!

JULIA. — (*Entusiasmándose.*) Pero se me acaba de ocurrir una idea, sabes. Supongamos que nos vamos los tres... nos vamos al exterior... nos vamos a Suiza y ponemos un hotel juntos... Tengo dinero, lo sabes... y Juan y yo podríamos manejar todo el asunto... y tú, creo, podrías hacerte cargo de la cocina... ¿No sería fabuloso...? ¡Di que sí, ahora! ¡Y ven con nosotros! ¡Y entonces se resolverá todo...! ¡Oh, di que sí! (*Rodea a CRISTINA con sus brazos y la palmea.*)

CRISTINA. — (*Fría y pensativamente.*) ¡Hmm, hmm...!

JULIA. — (*Tempo presto.*) Nunca has viajado, Cristina: debes salir y echar un vistazo al mundo. No puedes imaginarte lo divertido que es viajar en tren: siempre nueva gente, nuevos paisajes... Llegamos a Hamburgo y nos damos una pasada por el Jardín Zoológico —que es lo que a ti te

gusta— y después vamos al teatro y a la ópera... Y cuando lleguemos a Munich, allí, sabes, hay un montón de museos, donde tienen cuadros de Rubens y Rafael y de todos esos grandes pintores, sabes... ¿Nunca oíste hablar de Munich, donde solía vivir el rey Luis...? Ese rey, sabes, que se volvió loco... Y después nos vamos a visitar su castillo... Todavía tiene algunos castillos que están amoblados como para un cuento de hadas... Y de allí a Suiza, que no está muy lejos... Y los Alpes, sabes... Piensa nada más en los Alpes, con los picos nevados en pleno verano... y naranjos y laureles que están verdes todo el año...

(Se ve a JUAN a la derecha, afilando su navaja sobre una correa que sostiene entre los dientes y su mano izquierda; escucha la conversación con aire complacido, y de cuando en cuando asiente con aprobación.)

JULIA. — *(Tempo prestissimo.)* Y entonces ponemos un hotel... Y yo me instalo en la oficina, mientras Juan está afuera recibiendo a los turistas... y hace propaganda... y escribe cartas... Eso es vida para ti... Entonces se oye el silbato del tren. y llega el autobús, y suena la campanilla arriba, y suena en el restaurante... Y entonces yo preparo las cuentas... Y les pongo sal también... ¡No te imaginas lo tímidos que se ponen los turistas cuando vienen a saldar sus cuentas! Y tú... tú vas a estar sentada en la cocina como una reina.

Por supuesto, no tendrás que estar tú misma junto al fogón. Y vas a estar prolija y elegantemente vestida para mostrarte a la gente... Y con tu aspecto —es verdad, no estoy adulándote— un buen día vas a encontrar un marido..., algún millonario inglés, sabes, porque esos tipos son muy fáciles (*desacelerando*) de atrapar... Y nos haremos ricos... Y nos construiremos una villa en el lago de Como —aunque, por supuesto, de vez en cuando llueve por allí— pero (*lentamente*) el sol debe brillar a veces... aunque parezca oscuro... y... entonces... O bien nos volvemos a casa... y regresamos... aquí... o a cualquier otra parte...

CRISTINA. — Dígame, señorita Julia, ¿usted cree todo eso que está diciendo?

JULIA. — (*Derrumbada.*) ¿Si yo creo?

CRISTINA. — Sí.

JULIA. (*Exhausta.*) No lo sé: ya no creo en nada. (*Se deja caer sobre un banco y descansa la cabeza entre los brazos sobre la mesa.*) ¡En nada! ¡Nada de nada!

CRISTINA. — (*Se vuelve hacia la derecha, donde está parado JUAN.*) ¡Así que iban a escapar!

JUAN. — (*Amoscado, deja la navaja sobre la mesa.*) ¿Escapar? Bueno, es una manera muy fuerte de plantearlo. Ya escuchaste lo que propone la joven, y aunque está cansada por haber pasado toda la noche en vela, me parece una propuesta digna de ser considerada.

CRISTINA. — Ahora dime una cosa: ¿pensabas hacerme trabajar como cocinera para ésa que está ahí...?

JUAN. — (*Cortante.*) ¡Ten la gentileza de usar un lenguaje decente para hablar de tu señora! ¿Entiendes?

CRISTINA. — ¡Mi señora!

JUAN. — ¡Sí!

CRISTINA. — ¡Bueno, bueno! ¡Escuchen a éste!

JUAN. — Sí, más te valdría escuchar un poco más y hablar un poco menos. La señorita Julia es tu señora, y lo que ahora te hace perderle el respeto a su persona se va a volver contra ti.

CRISTINA. — ¡Oh! Yo siempre supe respetarme muy bien...

JUAN. — ¡Sin respeto por los demás!

CRISTINA. — ...como para no rebajarme de mi propia condición. Nunca se podrá decir que la cocinera del conde tuvo algo que ver con el peón o con el porquero. ¡Nada de eso se podrá decir!

JUAN. — Sí, da gracias que hayas tenido que tratar con un caballero.

CRISTINA. — ¡Sí, un caballero que vende la avena del establo del conde!

JUAN. — ¿Y qué diremos de la que recibe una comisión por las compras del almacén y sobornos del carnicero?

CRISTINA. — ¿Qué quieres decir?

JUAN. — ¡Y por eso ya no puedes seguir respetando a tu señor y a tu señora! Tú... ¡tú!

CRISTINA. — ¿Me acompañas a la iglesia? Creo que necesitas un buen sermón después de tal hazaña.

JUAN. — No, hoy no voy a la iglesia. Puedes ir sola y confesar tus propias hazañas.

CRISTINA. — Sí, es lo que voy a hacer, y voy a traer conmigo tantos perdones como para cubrirte también a ti. El Salvador sufrió y murió en la cruz por todos nuestros pecados, y si acudimos a él con un corazón creyente y un espíritu arrepentido, él se hará cargo de nuestras culpas.

JULIA. — ¿Tú crees esas cosas, Cristina?

CRISTINA. — Es mi viva convicción, tan segura de ella como de que aquí estoy parada, y es la fe de mi infancia que he conservado desde mi juventud, señorita Julia. Y donde abundan los pecados, abunda también la gracia.

JULIA. — ¡Ay, si tuviera tu fe! ¡Ay, si...!

CRISTINA. — Sí, pero no se la consigue sin una gracia especial de Dios, que no se la concede a todos...

JULIA. — ¿A quién se la concede, entonces?

CRISTINA. — Ése es el gran secreto de la obra de gracia, señorita Julia, y el señor no tiene en con-

sideración a las personas, más allá de que los últimos serán los primeros...

JULIA. — Claro, pero eso significa que tiene en consideración a los últimos.

CRISTINA. — (*Sigue su idea.*) ...y que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos. Así son las cosas, señorita Julia. Ahora me voy, sin embargo —sola— y de paso le diré al mozo de cuadra que no permita la salida de los caballos en caso de que alguien quiera escapar antes de que el conde regrese a casa. ¡Adiós! (*Sale.*)

JUAN. — Bueno, ¿no es un demonio...? ¡Y todo por un jilguero!

JULIA. — (*Sin emociones.*) ¡Qué importa el jilguero...! ¿Se te ocurre alguna manera de salir de esto, alguna manera de ponerle fin?

JUAN. — (*Lo piensa.*) ¡No!

JULIA. — ¿Qué harías tú en mi lugar?

JUAN. — ¿En tu lugar? Déjame ver. Como alguien de noble cuna, como mujer, como alguien que ha... caído. No lo sé... ¡sí lo sé!

JULIA. — (*Tomando la navaja con gesto significativo.*) ¿Algo así?

JUAN. — ¡Sí...! Pero fíjate por favor que es algo que yo no haría, porque hay una diferencia entre nosotros.

JULIA. — ¿Porque tú eres hombre y yo mujer?
¿Cuál es la diferencia?

JUAN. — Es la misma... que... la que hay entre
hombre y mujer.

JULIA. — (*Con la navaja en la mano.*) ¡Quiero, pero
no puedo...! Mi padre tampoco pudo, en su mo-
mento debió haberlo hecho.

JUAN. — No, no debía hacerlo, porque primero es-
taba su venganza.

JULIA. — Y ahora le toca a mi madre vengarse nue-
vamente, a través de mí.

JUAN. — ¿No quiso usted a su padre, señorita Ju-
lia?

JULIA. — Sí, inmensamente, pero también debo ha-
berlo odiado. Creo que lo odié sin tener concien-
cia de ello. Pero fue él el que me educó en el des-
precio por mi propio sexo... ¡mitad hombre y mi-
tad mujer! ¿De quién es la culpa de que las cosas
hayan sido así? ¿De mi padre? ¿De mi madre?
¿Mía? ¿Mi propia culpa? Si nunca tuve nada pro-
pio... Nunca tuve un pensamiento que no viniera
de mi padre; nunca experimenté una pasión que
no viniera de mi madre; y ahora —lo último—
esto de que todas las criaturas humanas son
iguales, esto lo recibí de él, de mi prometido, ¡al
que considero un canalla por esa razón! ¿Cómo
puede ser mi culpa? Endilgarle la culpa a Jesús,
como hace Cristina, no. Soy demasiado orgullosa
para eso, y sé muchas cosas... gracias a las ense-

ñanzas de mi padre. Y eso de que los ricos no suben a los cielos no es más que una mentira, y Cristina, que tiene sus ahorros en el banco, igual no entraría. ¿De quién es la culpa...? ¿Acaso importa? De un modo u otro, yo soy quien debe cargar con la culpa y con sus consecuencias...

JUAN . — Sí, pero... (*Se oyen dos fuertes campanillazos. JULIA se incorpora de un salto. JUAN se cambia la chaqueta.*) El conde ha vuelto. Piensa si Cristina... (*Se dirige hacia el tubo acústico, lo golpea y escucha.*)

JULIA. — ¡Seguro que ya ha visto el bargueño!

JUAN. — ¡Soy Juan, su señoría! (*Vuelve a escuchar, los espectadores no pueden oír las palabras del conde.*) ¡Sí, su señoría! (*Escucha.*) ¡Sí, su señoría! ¡De inmediato! (*Escucha.*) ¡En un minuto, su señoría! (*Escucha.*) ¡Sí, sí! ¡En media hora!

JULIA. — (*Con intensa preocupación.*) ¿Qué dijo? Por Dios, ¿qué dijo?

JUAN. — Que le lleve ahora las botas, y su café dentro de media hora.

JULIA. — ¡En media hora, entonces! Oh, estoy tan cansada. No puedo hacer nada; no puedo arrepentirme, no puedo escapar, no puedo quedarme, no puedo vivir... ¡no puedo morir! ¡Ayúdame ya! ¡Dame una orden, y la obedeceré como un perro! Hazme este último favor... ¡salva mi honor, y salva su nombre! Tú sabes lo que mi voluntad quie-

re hacer y no puede... ¡cédeme ya tu voluntad, y oblígame a hacerlo!

JUAN. — No sé por qué... pero ahora tampoco yo puedo... No comprendo... Es como si esta librea hiciera un... No puedo darte una orden... Y ahora, desde que escuché la voz del conde... ahora... No puedo explicarlo claramente, pero... Oh, ese maldito sirviente ha vuelto a alojarse en mi cuerpo. Creo que si el conde bajara y me ordenara cortarme la garganta, ¡lo haría de inmediato!

JULIA. — ¡Haz de cuenta que eres él, y que yo soy tú! Hiciste una muy buena actuación cuando te pusiste de rodillas frente a mí... Entonces te comportaste como un noble... O si no... ¿estuviste alguna vez en uno de esos espectáculos donde hipnotizan a la gente? (JUAN *asiente con la cabeza.*) Le dice al sujeto: toma la escoba. Y el hombre la toma. Le dice: barre. Y el hombre barre.

JUAN. — Pero el otro debe estar dormido.

JULIA. — (*Extática.*) Ya estoy dormida... No hay nada en todo el cuarto sino mucho humo... Y tú pareces una salamandra... que parece un hombre vestido de negro con sombrero de copa... Y tus ojos brillan como brasas cuando el fuego se agota... Y tu rostro es un montón de cenizas... (*Los rayos del sol ya tocan el piso e iluminan a JUAN*) ¡Qué cálido y agradable se siente! (*Se restriega las manos como si las calentara frente al fuego.*) ¡Y todo tan leve... y tan apacible!

JUAN. (*Toma la navaja y la coloca en su mano.*)
¡Aquí tienes la escoba! Ahora ve, mientras todo es leve... al granero... y... (*Le susurra algo al oído.*)

JULIA. — (*Despierta.*) ¡Gracias! ¡Por fin podré descansar! Pero dime algo antes...: que los primeros también reciben el don de la gracia. Dilo, aun cuando no lo creas.

JUAN. — ¿Los primeros? ¡No, no puedo hacerlo...! Pero espere... señorita Julia... ¡ya sé! Usted ya no está entre los primeros... ¡ahora usted ya está... entre los últimos!

JULIA. — Eso es verdad. Estoy entre los últimos, soy el último de los últimos. ¡Oh...! Pero ahora ya no puedo irme... ¡Dime una vez más que debo hacerlo!

JUAN. — No, ahora tampoco yo puedo. ¡No puedo!

JULIA. — Y los primeros serán los últimos.

JUAN. — ¡No pienses, no pienses! Estás quitándome las fuerzas también a mí, para que me vuelva un cobarde... ¿Qué? ¡Me pareció ver que la campanilla se movía...! No. Habría que asordinarla con un bollo de papel. ¡Asustarse de ese modo por una campanilla! Sí, pero no es sólo la campanilla... hay alguien detrás de ella... una mano que la mueve... y algo más que hace que la mano se mueva... Pero si te cubres los oídos..., si te cubres los oídos..., ¡entonces suena más fuerte que nunca! Suena y suena, hasta que respondes... y

♦ La señorita Julia
entonces ya es demasiado tarde... Entonces llega
el comisario... y entonces...

(Se oyen dos fuertes campanillazos.)

JUAN. — *(Se estremece, pero enseguida se recompone.)* ¡Es horrible! ¡Pero no hay otra salida...! ¡Ve!
(JULIA sale resueltamente por la puerta.)

TELÓN

La señorita Julia
por August Strindberg

Título original
Fröken Julie, 1888

Versión castellana, notas y edición digital

© In Octavo, 2023